

Pierre-Hervé Grosjean

AMAR

PERO AHORA
EN SERIO...

IDEAS JÓVENES
PARA GENTE JOVEN

RIALP



PIERRE-HERVÉ GROSJEAN

AMAR,
PERO AHORA
EN SERIO

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Prefacio](#)

[Introducción](#)

[Aprender a amar](#)

[Tres máximas útiles](#)

[Amistades de calidad](#)

[¿Dónde está Dios en todo esto?](#)

[Conclusión](#)

[Créditos](#)

*A mis padres, que me enseñaron
lo que significa «amarse».
Al Padre François, sacerdote con corazón de
educador y Padre.
A Pierre, Guillaume, Yves, Marc,
Pierre, Gérald,
hermanos sacerdotes que velan por mí
y me animan.
A mis feligreses y mi obispo
que me los ha confiado.
A los chicos y chicas
que pude recibir, escuchar, acompañar.
A esos jóvenes que,
más allá de sus debilidades, me han
impresionado por su generosidad,
su gran deseo de amar
y su sed de absoluto.
A todos cuantos me han ofrecido la alegría de
poder otorgarles el perdón de Dios.
Por ellos, estoy contento de ser sacerdote.
Gracias.*

Prefacio

Cuando visitó Francia, el primero de junio de 1980, san Juan Pablo II se dirigía a los jóvenes en el Parque de los Príncipes tal como iba a hacerlo luego tan a menudo en las Jornadas Mundiales de la Juventud.

Los jóvenes escuchaban y aplaudían... ¡que les recordase los mandamientos y los consejos del Evangelio!

«Vuestros problemas y sufrimientos me son conocidos [...] Todo esto ya lo sabéis, hasta el punto de estar ya un tanto saturados. Prefiero ganar altura con vosotros. Estoy convencido de que queréis salir de esta atmósfera debilitante y profundizar o redescubrir el sentido de una existencia verdaderamente humana por estar abierta a Dios, en una palabra, vuestra vocación de hombres en Cristo» [...] «Jesús no ha venido a condenar el amor sino a liberar el amor de sus equívocos y de sus falsificaciones».

Todos tenemos necesidad de que nos digan las cosas claramente, de acuerdo con nuestro profundo deseo de amar.

El padre Pierre-Hervé Grosjean, sacerdote de la «generación Juan Pablo II», se reúne con frecuencia con jóvenes. Les escucha y les habla. De manera directa y respetuosa. Removiendo en los tesoros de la Sabiduría.

Al leerle, me vienen de nuevo al alma las palabras de Juan Pablo II a los jóvenes, invitándoles a no olvidar su inteligencia, ni su corazón, ni... su cuerpo: «¿Adoración del cuerpo? ¡No, nunca! ¿Desprecio del cuerpo? ¡Menos aún! ¿Dominio del cuerpo? ¡Sí! ¡Transfiguración del cuerpo! ¡Más aún!».

+ÉRIC AUMONIER
Obispo de Versalles

Introducción

¿POR QUÉ ESTE LIBRO?

Hace diez años, invitado por los «Jóvenes Testigos de la Vida Humana», que organizaban su *week-end* nacional, y algunos meses antes de mi ordenación sacerdotal, daba yo, de forma un tanto improvisada, una conferencia sobre «el flirt». Incluso ese término está hoy un poco pasado. Un año después, un muchacho que me había grabado aquel día me preguntaba si podía pasar esta conferencia a un amigo suyo. La magia de Internet hacía su efecto: esta conferencia ha circulado mucho y ha dado lugar a numerosos correos e invitaciones a intervenir en los liceos. Algunos años después, daba una conferencia para estudiantes en la parroquia de Saint-Augustin, en París, titulada «Amar de verdad». La experiencia de algunos años de sacerdocio me permitía entonces ajustar algunas cosas y profundizar algo más. Una vez más, la grabación y el texto de esta conferencia entraron en circulación^[1]... Luego, sigo teniendo con frecuencia ocasión de intervenir en parroquias y liceos. Recibo casi cada día *mails* de jóvenes que han leído esta conferencia gracias a un amigo y que me cuentan lo que han podido sacar de ahí. Sorprendente fecundidad que me supera completamente y que prueba que Internet es —también— un formidable medio de apostolado, también entre los amigos.

De estos correos y conferencias, saco dos enseñanzas.

En primer lugar que pesan mucho las ideas recibidas. Enredan y confunden considerablemente la comprensión del mensaje de la Iglesia sobre el amor y la sexualidad. ¡Cuántas caricaturas han logrado hacerse un hueco en los espíritus, incluso de los que se consideran «buenos católicos»! Puede que nosotros, los sacerdotes, y también los padres y educadores, no seamos completamente ajenos a esto. Es evidente que la manera de presentar este mensaje influye mucho sobre el modo en que puede recibirse. Entre laxismo y rigorismo, entre banalización y tiesura, el camino real no es siempre fácil de seguir.

La segunda enseñanza es una sorpresa llena de alegría. La de comprobar, cualquiera sea el público con que me encontré, su nivel de religiosidad, su nivel de vida o medio social..., que hay en todos los corazones una sed de amar de verdad. Me encuentro con jóvenes saturados de consejos técnicos sobre la sexualidad, que lo saben todo del sexo, que lo han visto todo, a veces lo han probado todo, pero que buscan y piden que se les diga el sentido, el secreto de una verdadera alegría. ¡Todos están sedientos de otra cosa! Esperan que alguien se atreva a proponerles un ideal, algo elevado que les motive para superarse, más allá de los «trucos» fáciles. Esto es para mí una esperanza inmensa.

Incluso detrás de fachadas de indiferencia, incluso en el fondo de los corazones más heridos, incluso al lado de grandes debilidades, hay una sed de lo verdadero, esta intuición de que todos estamos hechos para un gran amor, ¡el único que nos puede colmar! Los jóvenes esperan las referencias que les puedan ayudar a construir ese amor. Reclaman de los adultos —sacerdotes, padres, educadores— la audacia de proponerles un camino exigente pero feliz, y no una falsa «compasión» que excusaría o incluso legitimaría todos los errores posibles.

Ese es el motivo por el que he querido escribir este libro para vosotros, jóvenes de 15-22 años. Ante todo porque con un poquito más de experiencia, al recibir vuestras reacciones, alimentándome de nuestras charlas siempre valiosas, quería continuar ajustando mis palabras, mejorar y profundizar mis argumentos. El escrito lo permite, mientras que el tiempo siempre limitado de una charla fuerza a ir a veces demasiado rápido. Pero también porque este pequeño libro —que he pretendido accesible— podrá ser regalado o prestado a un amigo, releído, subrayado o anotado, consultado a vuestro ritmo, mucho más fácilmente que un texto encontrado en la pantalla del ordenador. Muchos de vosotros me lo habíais pedido o sugerido la idea.

Por supuesto, me encuentro más a gusto hablando, me parece que falta en lo escrito ese contacto único del sacerdote con quienes le escuchan. Nunca puede darse la misma espontaneidad, la sonrisa y las anécdotas improvisadas, las risas y la gravedad... Pero he intentado a pesar de todo mantener el tono franco y sencillo que me parece esencial al tratar de este asunto. La escritura de este libro fue para mí un esfuerzo —¡nunca he sido un gran literato!— pero me alegro de poder ofrecéroslo si os puede animar e ilustrar en esta preparación para el amor verdadero. Encomiendo su fecundidad al Señor, único maestro infalible de todo Amor.

DOS PRECAUCIONES

Al comenzar, querría pedir os un permiso. El de poder hablaros con franqueza. El amor, la vida afectiva, la sexualidad, la amistad... son asuntos demasiado valiosos y demasiado importantes para que se los aborde eludiendo las verdaderas cuestiones. Los discursos tibios de adultos que temen desagradar a los jóvenes, o peor, los de quienes quieren «hacerse el joven», han causado bastantes destrozos en nuestros liceos y capellanías. Esperáis de vuestros sacerdotes y de la Iglesia un discurso verdadero, franco y directo. Quizá no estaréis siempre de acuerdo, pero al menos tendréis una referencia clara que os permitirá situaros.

Quisiera hablaros también con franqueza, porque me acuerdo de un estudiante, en el primer año de mi ministerio, que había venido a verme después de haberme oído hablar de este asunto. Un joven como muchos otros, de unos veinte años, y que tenía en el terreno de la vida amorosa y sexual «una cierta experiencia...». Recuerdo que me dijo: «Durante seis años, acudí a una capellanía. ¿Por qué nunca me hablaron así? Eso me hubiese evitado caer y hacer caer a otros...». El corazón de un sacerdote no puede ser

insensible ante esos lamentos. En el fondo, ese es mi temor como sacerdote: encontrarme un día con un chico o una chica que me diga: «Yo le tuve como capellán, vicario, párroco... y me descaminé porque usted no se atrevió a ser franco conmigo...». Para que eso no suceda nunca, querría hablaros con sencillez y franqueza.

Me dirijo así a vosotros porque al mismo tiempo os dejo libres. ¡Esa es la segunda condición! El objetivo de estas líneas no es daros «recetas de cocina» para que las sigáis de modo servil, sino más bien alimentar vuestro discernimiento y vuestra propia reflexión. Quizá no estéis de acuerdo con todo lo que yo pueda escribir. Pero comparto libremente con vosotros lo que el corazón de un sacerdote puede querer deciros sobre este gran tema del amor. Lo hago apoyándome en la experiencia que me han aportado las numerosas charlas que di sobre el asunto a estudiantes, en parroquias o liceos, y en las confidencias a veces profundas que suscitaron. Mi reflexión se nutre también de largas conversaciones con los jóvenes que he podido acompañar y acompañar aún, pero también de los numerosos testimonios recibidos en las redes sociales o el correo de los lectores del *Padreblog*. Les debo también mucho a mis hermanos sacerdotes, que me formaron y animaron a predicar la belleza del amor verdadero. ¡Cómo no nombrar aquí al que tanto le debo, el padre François Potez! Un sacerdote con corazón de padre, que tanto me ha inspirado...

Aunque me apoyo en el Evangelio y en el magisterio de la Iglesia, lo que os entrego tiene mucho de mis intuiciones personales. Os quedaréis con lo que queráis. Os hablo libremente porque, justamente, os dejo libres. Tened solo la sencillez de dejaros sorprender a veces un poco, es decir, no os precipitéis. Llegad hasta el final, tomaos vuestro tiempo para volver sobre el asunto y discernir, más allá de acuerdos y desacuerdos, con qué os vais a quedar y por qué.

En fin, me parece que puede ser conveniente advertir que estas líneas se dirigen en particular a los de 15-20 años. ¡Incluso a algunos de 22 quizá! ¿Por qué? Porque esa es la edad no de la elección de vida, sino de echar sus cimientos. Habrá que escribir una continuación para quienes van a hacer una elección definitiva a corto o medio plazo, sobre los criterios de discernimiento y el sentido del noviazgo. A partir de los 23-24 años, se está claramente en esta perspectiva: se sabe bien que esa historia que comienza podría llevarnos a un compromiso definitivo que no parece ya tan lejano. No se trata de poner referencias de edad demasiado rígidas, todo eso depende de la madurez de cada uno. Retengamos simplemente que mi intención es tratar de este periodo de los cimientos, cuando es todavía pronto sin duda para comprometerse plenamente, pero el deseo de amar está ahí ya.

DOS FALSAS IDEAS

Cuando se es sacerdote y se debe hablar a propósito del amor y la sexualidad, hay que comenzar siempre por contrarrestar dos ideas recibidas que siguen haciendo mucho daño. Son muchos, incluidos jóvenes católicos practicantes, los que tienen estos *a priori*

en la cabeza.

El primer malentendido que conviene disipar es que sobre el amor y el sexo la Iglesia no tiene más que una lista de prohibiciones. Basta ver la cara que ponen los alumnos de último curso a quienes la directora del liceo les anuncia que un sacerdote dará una conferencia sobre la sexualidad. Claro que quizá así eviten dos horas de matemáticas, pero eso no les impide suspirar al menos interiormente: «¡Nos volverá a decir que no nos acostemos antes del matrimonio!». Para la inmensa mayoría así se resume, de forma lapidaria, todo el mensaje de la Iglesia sobre el amor: «¡no tienes derecho a acostarte antes del matrimonio!».

No exagero nada. No hay nada más destructor que este cliché de una Iglesia que no propondrá más que una lista de prohibiciones, un código de circulación del amor y el sexo: «Eso es pecado, eso es pecado, eso también es pecado... a eso tienes derecho... eso otro es pecado». Ninguna perspectiva que anime, únicamente líneas rojas que no se deben cruzar o pecados que no cometer. ¡Es dramático! Pues una castidad que solo es frustración y aburrimiento es insostenible. Una moral que no indique más que líneas rojas es descorazonadora. Agotadora, incluso.

La experiencia muestra, además, que en todo caso se cruzan esas líneas. Un sacerdote que se limitase a prohibir no educaría a nadie. «Padre, ¿hasta dónde puedo llegar con mi chica sin que sea pecado grave?», «Señor cura, ¿están prohibidos los preliminares?», etc. Estas preguntas que se nos hacen muestran a las claras los límites de un mensaje que se reduciría al permitido/prohibido, sin antes considerar el sentido del amor que se construye, sin evocar la felicidad que está en juego. La exigencia está siempre al servicio de una felicidad. Y cuando la Iglesia quiere enseñarnos a decir «no», es siempre para que seamos capaces de decir mejor «sí». Es de ese «sí» del que tenemos antes que hablar. Dará sentido a todos los esfuerzos que se nos pidan. Sin duda nosotros, mis hermanos sacerdotes y yo mismo, debemos pedir perdón porque no siempre sabemos hacerlo comprender...

La otra idea recibida en consecuencia es que la Iglesia, sobre este tema, estaría de hecho... incómoda. Los sacerdotes estarían únicamente a la defensiva, con el solo objetivo de que los jóvenes que se les confían eviten esos pecados. Peor aún, se piensa que están desconectados de la realidad. Son amables, estos curas, pero de hecho no saben nada. No pueden comprender. Están ahí para hacer respetar unas reglas teóricas que están muy lejos de la realidad.

Es bastante revelador: cuando un muchacho o una chica viene a verme para decirme que está enamorado o enamorada, adivino en su cara que espera reproches. Sin embargo, si vienen a hablarme, es porque me tienen confianza. Pero incluso en esos momentos, siguen persuadidos de que el sacerdote va a juzgar y condenar. Tendrán derecho a un mínimo de puesta en guardia: «¡Atención, eso es pecado!». Por lo demás, la mayor parte de los jóvenes no hablan de eso más que en el confesionario. Es terrible pensar que inconscientemente, se aborda este precioso tema del amor ante todo y sobre todo desde el punto de vista del pecado. No se habla de la sexualidad más que con ocasión de las «caídas» o de las luchas personales por la pureza. Eso es muy reductor y con frecuencia,

una vez más, profundamente descorazonador.

ANTE TODO, UNA MIRADA POSITIVA

De hecho, nada más alejado de la realidad del mensaje de la Iglesia que esas dos ideas recibidas. Me pregunto si no estamos ante una primera victoria del Malo: conseguir que la gran belleza del mensaje cristiano pase por ser una simple lista de prohibiciones desalentadoras. Y alimentar así la desesperanza entre los jóvenes.

Cuando un chico o una muchacha me dice: «Estoy enamorado, estoy enamorada», mi primera reacción es contestarle: «¡Eso es genial!», y alegrarme. Es genial porque estáis hechos para eso: amar y ser amado. Esta capacidad de amar es el don más hermoso que Dios os ha hecho. Por eso la primera mirada de la Iglesia sobre vuestro deseo de amar es una mirada de asombro. Estamos ante el corazón del proyecto de Dios. Abrid la Biblia, leed las primeras páginas, el relato del Génesis: Dios hizo al hombre para la mujer, y a la mujer para el hombre... Los dos serían uno. [...] Y Dios vio que eso era bueno... En ninguna parte se dice que Dios se sintiera ofendido o que se viese obligado a hacerlo así para perpetuar la especie, pero que le pareciera algo sucio... ¡No!: «Dios vio que era bueno». Lo que Dios ha puesto en el corazón del hombre es grande y hermoso. Nuestra capacidad de amar, nuestra sed de amar y de entregarnos es grande y bella. La Iglesia se maravilla y la acoge con alegría.

Al mismo tiempo, la Iglesia os quiere demasiado para mentiros. Esta capacidad de amar es a la vez lo más hermoso que hay en vosotros, pero también lo más frágil. La prueba: es el asunto en que podréis hacer a alguien el más feliz o la más feliz del mundo; pero también, en la vida afectiva, la sexualidad y el amor, es en donde os podéis herir más, y herir a algún otro. ¿Por qué? Porque, desde el primer pecado de los orígenes, nuestro corazón quedó herido. Tenemos sed de una felicidad verdadera, somos muy felices si llegamos a ella por el amor. Pero esta búsqueda es difícil: adquirimos ahí la experiencia de nuestra fragilidad y de nuestra capacidad de hacer el mal. Experiencia de nuestro egoísmo que viene a mezclarse con nuestras mejores aspiraciones. Experiencia de nuestra dificultad para discernir y de nuestra facilidad para justificarnos. De hecho, todos somos pobres en amor.

Por esta razón, la Iglesia es exigente, no para prohibirnos amar, ni para impedirnos amar. El mensaje de la Iglesia, que es el tema de este libro, tiene un doble objetivo: poner en valor y proteger nuestra capacidad de amar. La Iglesia quiere ayudarnos a convertir esta capacidad de amar en un lugar de verdaderas alegrías y no de heridas... Porque se maravilla y entiende este deseo de amar, quiere acompañarnos y animarnos, conociendo nuestra fragilidad. Es por tanto con un *a priori* positivo como conviene seguir leyendo estas líneas: la alegría de la Iglesia es enseñar a amar a estos pobres que somos nosotros. La alegría de la Iglesia es servir a nuestra verdadera felicidad. Una felicidad duradera, exigente, completa. La felicidad de un amor que nos pueda llenar.

Una última precisión: os pido perdón por adelantado si a veces os sentís juzgados a

través de las líneas que van a seguir. Me gustaría mucho escucharos a cada uno, conoceros mejor antes de compartir con vosotros estas convicciones mías. En esta materia, nada sustituye la conversación sincera y personal, donde el sacerdote puede conciliar escucha y consejos, benevolencia y franqueza, misericordia y exigencia. Este pequeño libro no puede adaptarse a cada uno en particular. Algunos tendrán quizá la impresión de que voy a veces demasiado rápido, demasiado general o contundente. Podríais sentiros juzgados, o heridos... No quiero eso. Solo Dios conoce vuestro corazón y vuestra historia. No puedo más que proponeros criterios de discernimiento para que juzguéis vuestros actos, y podáis distinguir entre los que construyen y los que destruyen. Pero no se puede reducir a nadie a sus actos, ni a su pasado. Felizmente, valemos siempre más de lo que hacemos. Es precisamente eso lo que Dios nos revela. Y es también la razón por la que nadie debe desanimarse. Siempre es posible aprender a amar.

[1] Se puede encontrar ese texto y la grabación en www.padreblog.fr.

Aprender a amar

No se encontrarán aquí «recetas de cocina» —como si este gran misterio del amor pudiera ponerse en fichas— como si se pudiese agotar este misterio en unas páginas. Quisiera mejor compartir algunas convicciones e intuiciones que podréis desarrollar por vuestra cuenta más adelante.

SINCERIDAD Y VERDAD

La primera intuición es una invitación. La de hacer, y muy pronto, la distinción entre «sinceridad» y «verdad». Nuestras generaciones chapotean en el reino de la sinceridad. Ese es muy a menudo el único criterio para declarar que lo que hacemos está bien: «Si es sincero...». Todas las semanas recibo a jóvenes que me plantean esa cuestión: «Padre, ¿por qué no podríamos salir juntos, dormir juntos... si somos sinceros?». Salvo que todas las semanas hay también jóvenes que vienen a verme, esta vez con, lágrimas en los ojos, diciendo:

«Pero, Padre, ¿por qué es tan doloroso...? ¡Si yo era sincero!». Sí, hay que decirlo, ¡uno puede equivocarse «sinceramente»!

Sin embargo, veo que para muchos basta esta sinceridad para justificar el ir más lejos... Por ejemplo, la gran mayoría está de acuerdo en reconocer que «ligar» sin más, aprovechándose para una tarde, no es algo muy presentable. Aunque nadie le diga nada, no es algo de lo que sentirse orgulloso. Pero en cuanto se puede invocar un poco de sinceridad, eso parece bastar para justificarlo todo. Eso me recuerda la historia de un chico. Un estudiante de 19 años, que vino a verme después de la JMJ de Colonia, en 2005. Digamos de paso que ¡las JMJ son formidables! Habrán marcado la vida afectiva de más de uno de vosotros. Este joven me explica que sale con una muchacha de la que está muy enamorado. Mi primera reacción, como ya he dicho: «¡Eso es genial!». Segunda reacción: «Cuéntame, explícame por qué la elegiste».

Me explica:

—La conocí en la JMJ.

—Pero, ¿desde cuándo sales con ella?

—Bueno... ¡desde la JMJ! [*Las JMJ duran 5 días, máximo 10 en su versión más larga*].

—¡Ah, ya, en todo caso... es algo muy rápido! ¿Cómo la elegiste?

—No nos conocíamos, pero nuestros respectivos grupos de amigos se encontraron en

el mismo autobús. Nos conocimos, y enseguida enganchamos. Durante esos días, hemos compartido mucho, discutido, intercambiado opiniones. Yo iba verdaderamente a tope. De golpe, eso ocurrió en la velada final con el papa...

—Ah... en la velada con el papa... [*Veamos, 2 millones de jóvenes reunidos durante horas bajo el sol, luego en el calor de la noche, 2 millones de pequeñas luminarias, cantos... ¡un ambiente tan «caluroso» era claramente muy propicio!*]. ¡Explícame!

—Bien, pues hemos pasado una velada superfuerte, lado a lado. En mi corazón, sentía verdaderamente que era ella, que tenía que decírselo, yo estaba a tope. Nunca he rezado así [*me asombras*]. He sentido que algo pasaba. Al final, hemos rezado el rosario juntos, abrazados el uno al otro... y de pronto, al terminar el rosario... ¡bueno, pues estaba hecho!

¡Así descubría yo nuevos efectos del rosario! Este chico era de una sinceridad total. No se había «ligado» a su niña de forma mezquina, solo por una tarde, o para aprovecharse de ella. Pero su discernimiento se había reducido al mínimo, tanto por la duración (¡5 días!) como por el fondo: «He sentido», «era fuerte», etc. Eso no basta para emprender una relación que se desea duradera y sólida.

La verdad es que no basta ser sincero para adoptar los gestos y palabras del amor. Para que esos gestos y esas palabras construyan felicidad y amor, hay que respetar su propia verdad. No solamente el sentido que tú les das, sino el sentido que tienen, objetivamente. Un cristiano diría: «el sentido que Dios les ha dado». Cuando se trata de aprender a amar, cómo no reconocer que no vale el «yo pienso que...», «la Iglesia me dice eso, pero yo pienso que...». ¿Acaso Quien me ha dado esta capacidad de amar no sabe mejor cómo enseñarme a amar? ¿No puede revelarme la verdad de esos gestos y palabras del amor; transmitirme la verdad de esos gestos y palabras? En el fondo, si Dios quiere nuestra felicidad, ¿no lo ganamos todo entrando en su escuela para amar? Por eso, para los lectores de este libro que sean cristianos, el aprendizaje del amor no puede separarse de una verdadera vida espiritual: precisamente porque he decidido confiar en Cristo, acepto seguir sus consejos y su camino, del que la Iglesia es portavoz: «¡Si conocieras el don de Dios!» (*Jn 4,10*).

ESTAR ENAMORADO Y AMAR

Para aclarar esta distinción entre sinceridad y verdad, avancemos un poco y redescubramos la diferencia que hay entre «estar enamorado» y «amar».

Algunos pensarán que se trata de «la B con la A, BA». Algo obvio. Pero no: algunos novios, a pocos meses de casarse, no siempre han entendido bien esto. Este joven de la MJM estaba sin duda muy enamorado, pero ¿estaba preparado para amar?

¿Qué puede querer decir «estar enamorado»? Estamos aquí en el orden del sentimiento y en el de la sinceridad. Se está enamorado cuando se siente sinceramente una atracción misteriosa y hermosa por una persona. Observemos ese sentimiento y sus características.

Hay que reconocer de entrada que no somos completamente libres ante ese sentimiento. No se domina exactamente lo que se siente. Así, nadie decide verdaderamente de quien enamorarse, ni cuando enamorarse. Eso es también parte del encanto de ese sentimiento: encierra algo misterioso. «¿Por qué él, por qué ella?». No hay verdaderamente respuesta completa, lógica, matemática a esta pregunta... «¡Porque es él, porque es ella!».

Por eso puede suceder incluso que uno se enamore sin querer realmente. Un sacerdote, feliz de serlo, puede de repente sentir una afinidad que se transforma en sentimiento amoroso por una feligresa guapa y devota. Esa es la razón por la que cultiva una cierta prudencia, para no favorecer la eclosión de un sentimiento de esa clase. Una mujer, un marido, pueden también «caer» enamorados de otro u otra. La expresión francesa «caer enamorado» expresa bien que no se dominan perfectamente los sentimientos que pueden surgir en nuestro corazón. No hay que asustarse. La verdadera cuestión es saber lo que se va a hacer con ese nuevo sentimiento...

Si no se domina siempre lo que se siente, también es cierto que el sentimiento amoroso puede ser muy fluctuante. Se puede, por ejemplo, estar sinceramente enamorado durante seis meses, y reconocer con la misma sinceridad, al cabo de esos meses, que es otra persona la que nos atrae. Conozco jóvenes que están sinceramente enamorados cada tres semanas de una persona diferente.

Así que uno puede enamorarse de varias personas en su vida. No se enamora uno forzosamente por primera vez de la persona que se convertirá en su cónyuge.

Se puede estar sinceramente enamorado al cabo de cinco días de JMJ, de dos horas de una tarde, o de un mes de verano... o tener por el contrario la experiencia de una larga maduración de un sentimiento que tarda en brotar.

Al surgir, el sentimiento amoroso está con frecuencia mezclado. Se suele dar ahí una necesidad de afecto: la necesidad de amar como la de ser amado nos empuja a los brazos del otro. A veces el miedo a quedarse solo o sola. Pero, aceptémoslo, a veces encubre también un poco de egoísmo: se ama al otro por lo que nos aporta, aún no por lo que es. Este sentimiento amoroso suele ser muy idealista en sus comienzos: se está deslumbrado por la imagen ideal que uno se ha hecho del ser amado. No se le ve aún tal como es, más bien tal como se le sueña. No se le ama aún con sus limitaciones y defectos. Al principio, eso es muy normal. Y basta con ser consciente.

Ese sentimiento amoroso ¿es malo? Ciertamente no. Es incluso algo bello, que no hay por qué rechazar salvo cuando afecta a la fidelidad a los compromisos adquiridos en la propia elección de vida. Ese sentimiento amoroso es incluso la primera etapa normal y necesaria en la construcción de un amor duradero. Todo comienza por esta atracción y este deseo, que tanto han hecho hablar a los poetas, escritores y artistas... ¡comenzando por el autor del Cantar de los cantares! (¡Una buena fuente de inspiración para todos los enamorados que no saben qué escribir a su novia!).

Habrá que cultivar este sentimiento amoroso a lo largo de toda vuestra vida. Con frecuencia lo digo a los casados: ¡seguid enamorados! Cultivad este juego amoroso como en los primeros tiempos de vuestro encuentro. Felices los que —convertidos en padres—

siguen siendo esposos con corazón de novios, lleno de fantasías, de sorpresas, de atención y de ternura.

Pero entonces, ¿cuál es la diferencia entre «estar enamorado» y «amar»? Estar enamorado es del orden de los sentimientos. Amar es del orden del compromiso libre de la voluntad. Amar es elegir amar; es querer amar.

El día de vuestro matrimonio, el cura no os preguntará si estáis enamorados, si le quieres o la quieres, o qué sentís. Pues no podéis prometer que vais a sentir cada día, los siete de la semana, las veinticuatro horas, el mismo deseo ardiente del otro. No se es dueño siempre de ese deseo. Incluso en parejas fieles, el sentimiento amoroso tiene sus altos y sus bajos. Cuando se vuelve del trabajo, después de una bronca con el jefe y una hora de atasco, se descubre el frigorífico vacío, el «morro» del hijo en plena edad del pavo con un boletín de malas notas que hay que firmar, cuando se entera uno además de que la suegra va a llegar tres días antes de lo previsto... ¡en ese momento preciso, no se siente ningún deseo amoroso! Solo se tienen ganas de salir corriendo... Pero ¿quiere eso decir que uno ya no ama a su mujer? ¡No! Quiere amarla. Más allá de lo que se siente, se elige amar una y otra vez.

Por eso, la pregunta que os hará el sacerdote es más bien esta: «¿Quieres...?». No se puede prometer sentir un deseo ardiente todos los días de la vida. Pero se puede prometer a su novio(a) querer amarle cada día de su vida. Y eso es magnífico: más allá de un sentimiento más o menos ardiente, tenemos nuestra libertad, es decir, la capacidad de elegir amar. Por supuesto, es más fácil querer amar cuando el deseo está ahí. Por eso hay que cultivarlo. Pero el compromiso no se apoya solo en este deseo. Descansa en la elección libre de la voluntad. El amor es la voluntad que se compromete. «Sí, quiero». ¡Qué grande es ver a una persona joven, capaz de comprometer toda su vida en este «sí, quiero»! ¡Qué alegría oír a quien os ama decir, ante Dios y ante los hombres: «Yo te elijo»! Pues, si se sabe que el deseo es a veces fluctuante, se sabe también que con la palabra del otro, expresando una elección que no es un deseo, se puede uno comprometer y entregarse confiadamente.

Esa es también la razón por la que es posible la fidelidad. Contrariamente a lo que piensan a menudo los novios, el matrimonio no pone a cubierto de sentir un día una atracción por otra persona. Pero hay que comprender que, por encima de lo que se pueda sentir un día, está la libertad. No se es forzosamente responsable de los deseos que puedan surgir —salvo si se ha procurado que surjan—, pero se sigue siendo responsable de lo que se hace. Se decidirá no alimentar este sentimiento, evitar toda ocasión de cultivarlo, de permitir que eche raíces. Y se renovará la elección de amar al que o a la que se ha escogido. Se hará todo por redespertar o reavivar el sentimiento amoroso que nos condujo a esa elección primera.

Quizá comprendáis ahora un poco mejor uno de los objetivos esenciales de la educación afectiva: aprender no a rechazar los sentimientos, sino a educarlos. El impulso sexual no es malo en sí. Lo ha querido Dios, y Dios no quiere el mal. El cristianismo no hace de nosotros seres frustrados que reprimen todo deseo. El cristianismo quiere hacer de nosotros seres de deseos, pero sobre todo seres libres. Libres porque son dueños de

ellos mismos, capaces de llevar el timón, sin que este impulso se convierta en tiránico. Es una de las grandes dimensiones de la lucha por la pureza, lucha difícil en particular para los muchachos en la edad en que se van haciendo hombres. Pero es importante ser consciente para comprender el desafío de este combate. Se trata de aprender a educar nuestro deseo, a orientarlo en la perspectiva del don de sí. Que el cuerpo se convierta en un servidor, al que gobiernan la inteligencia y el corazón. Ese es el fruto de un largo camino para todos nosotros.

La distinción entre «sentimiento amoroso» y «amor» queda así más clara. Uno puede enamorarse de repente, o al cabo de unos días, pero para elegir amar, necesitamos conocer. Y para conocer a una persona, hasta el punto de escogerla, hace falta tiempo. Se puede también tener la experiencia de que el sentimiento amoroso es fluctuante. Pero una elección libre de nuestra voluntad debe ser duradera y estable, si hemos discernido bien. Cuando digo que amar es elegir, en ese término mismo de «elegir» veo la noción de compromiso y duración. Se puede estar enamorado o atraído por la imagen un poco idealizada de una persona, o por lo que ella nos aporta. Pero no se puede elegir a alguien más que por lo que es, y tal como realmente es, con sus cualidades y sus límites.

¿Qué podemos concluir de esto?

Algo muy sencillo pero esencial: para pasar del «estoy enamorado» al «amo», hace falta tiempo. Este tiempo es el del discernimiento que nos lleva a pasar de un deseo a una elección que compromete. Este tiempo de discernimiento es lo que falta en muchas «pequeñas historias» e incluso en relaciones más serias que acaban debilitadas.

LAS HERIDAS

¿Por qué muchos jóvenes pueden a veces hundirse?

Porque muchos de ellos llegan a gestos y palabras (y a mi parecer, los dos son importantes) que quieren decir «te amo», mientras que, de hecho, no están más que enamorados.

Seamos concretos.

Decir «te amo» a alguien es estupendo. Es por supuesto muy hermoso... si es verdadero. No simplemente si yo soy sincero, si conozco a la persona solo de una tarde... Es hermoso si es verdadero, es decir, si eso quiere realmente expresar el sentido que tienen esas palabras. Si eso quiere decir: «Estoy preparado para elegirte, para comprometerme... quiero construir establemente».

La próxima vez que alguien os diga «te amo», ¡hacedle precisar! Pues esa palabra afecta demasiado para arriegarse a engañarse o a ser engañado. «¿Qué quiere decir eso para ti? ¿Tú me deseas, estás sinceramente enamorado como lo has estado antes varias veces? ¿Cómo podrías estarlo después? ¿Estás dispuesto a comprometerte de modo estable? ¿Me dices eso después de haber madurado largamente tu sentimiento, de haberlo puesto a prueba un poco, haber aprendido a conocerme, por mí misma y tal como soy? ¿Entre todas de las que has estado enamorado, de las que podrías luego

estarlo, es a mí a quien eliges?». Comprendéis que un «te amo» no puede permitir la menor ambigüedad, a menos de recibirlo empobrecido de su sentido real y su verdad.

Salir con alguien, en el sentido de caminar juntos, avanzar los dos en el discernimiento, no es un pecado. Besar no es algo malo en sí. Es incluso una etapa importante. ¡Claro que no vais a casaros con una persona que habéis encontrado la víspera! Habrá forzosamente un tiempo de caminar juntos los dos, de discernimiento juntos, con el aprendizaje de la ternura que lo acompaña. Pero esos gestos, esas palabras no pueden expresarse facilonamente. Pues comprometen si se respeta su verdad y si no se han banalizado. Besar, es ya darse un poco. Es el primer paso hacia la entrega total y la promesa de una entrega mayor. No puede hacerse más que si efectivamente, en el corazón, se está preparado para prometerse. Si se está de acuerdo en avanzar hacia este compromiso y este don total. Si se está ya en esta perspectiva.

Muchos se contentan con «estar bien al lado del otro» o simplemente «enamorados» para salir juntos y comenzar a tratarse. No es un pecado; es sobre todo tomar las cosas a la ligera. Nos comprometemos en una relación que va a marcarnos de un modo u otro, sin haber hecho realmente una elección. Por un lado nos sentimos aún muy libres: «Estamos bien juntos, ya se verá cómo evoluciona esto en el futuro, pero por ahora no hablamos de eso mucho...», pero por otro lado, expresamos gestos que nos marcan. Se invierte afectivamente a pesar de todo. Cuando la historia se deshace, esa inadecuación es la fuente de verdaderos sufrimientos.

No se trata de afirmar aquí que la única chica o el único chico con quien salgáis tenga que ser obligatoriamente vuestra futura esposa o vuestro futuro marido. Ya se ve que hay relaciones serias que no llegan al matrimonio, precisamente gracias a un discernimiento serio. Se sabe incluso que los esponsales pueden romperse. Esto es infinitamente doloroso, pero no hiere si el uno y el otro no han sido «ligeros». Cada uno se había tomado el tiempo de un primer discernimiento personal que le ha permitido pensar que caminar juntos era posible para llegar más lejos.

Lo que, paradójicamente, es más molesto a mi parecer, son precisamente las «pequeñas historias», esas relaciones que no duran mucho, pues no han sido pensadas para poder durar. Se tenían «ganas», se tenían «sentimientos». Se han enganchado rápidamente, empujados por el deseo de un instante. Y han durado mientras se sentían bien juntos, hasta el día en que se han dicho «que ya no se tenían ganas», «que ya no se sentía nada por el otro». Han salido juntos seis meses, un año, dos años... Y bastante pronto, se acomodarán con algún otro. A veces se han entregado, sin realmente tomarse el tiempo de decidir comprometerse.

La relación sexual... ¡es también genial! ¿No es magnífico poder así expresar la entrega de los corazones por la entrega de los cuerpos? Y hacerlo en una alegría compartida y un placer intenso, fruto no de una técnica «dominada», sino de una calidad de comunión entre los dos esposos. ¡La Iglesia no tiene dificultad con el sexo! Al contrario, encuentra tan hermosa esta relación sexual que quiere conservarle todo su sentido y toda su verdad.

La verdad de este gesto es ser signo de un amor exclusivo y definitivo. Un don total,

de toda la persona, para expresar un amor total. Un don que no puede recuperarse, que compromete, que marca a la persona en todas sus dimensiones, que crea un vínculo carnal muy fuerte para revelar y expresar a quien se ama un «sí» definitivo que no se volverá atrás. Muchos viven estas relaciones sexuales de forma sincera, sin que por eso esperen estar comprometiéndose de modo definitivo. Pero eso quiere decir que inevitablemente este gesto pierde su sentido, su radicalidad, su fuerza. Ya no lleva en sí esta certeza de un don definitivo.

Un joven de 20 años me decía que al fin lo había comprendido, aunque un poco tarde. Después de una historia de un año, había tenido relaciones sexuales con su amiga, convencidos de que cada uno sería el primero y el único para el otro: «Y ya ve, padre, ahora comprendo por qué me decía que esperase para entregarme. Los *mails* que cruzamos los puedo borrar. Los *sms* puedo suprimirlos. Puedo tirar las cartas. Hay una cosa que no puedo eliminar: el hecho de haberme entregado totalmente. Y sin embargo, es claro que no estábamos preparados para eso». Aunque la misericordia de Dios puede felizmente perdonar y reparar muchas cosas, quedamos marcados por estas relaciones que comprometen.

Me diréis: «¡Pobre padre, usted se hace ilusiones! Hace ya mucho tiempo que nos besamos fácilmente, que se sale juntos fácilmente... Vea de frente la realidad... Incluso entre los católicos!».

Podéis estar tranquilos: un sacerdote que confiesa no se hace ninguna ilusión. Está anclado en lo real. La Iglesia acompaña a los hombres y mujeres desde hace dos mil años. Eso le da una cierta experiencia de las grandezas y miserias del corazón humano. Entonces, ¿por qué sigo manteniendo lo que os digo? ¿Por qué os animo aún a esperar y a guardaros? ¿No es una batalla perdida por anticipado, un ideal inaccesible?

No. No lo creo. Es más, creo lo contrario.

EL VERDADERO DESAFÍO

El desafío no puede consistir solo en evitar el pecado. Una castidad que se reduce a no traspasar una línea roja no dura mucho tiempo. Aunque se sepa que «eso es pecado», la experiencia muestra que eso no basta. Necesito una razón positiva para ser exigente conmigo mismo.

El verdadero desafío es prepararse para ser el esposo o esposa que se llegará a ser un día.

Si hoy os acostumbráis a expresar los gestos del amor demasiado rápido, demasiado pronto, demasiado fácilmente, sin que tengan todo su sentido, os arriesgáis a empobrecerlos. Ya los habréis gastado cuando estéis preparados para amar. Cuando la que amaréis de verdad os pregunte:

—Dime, cuando me besas, ¿qué quiere decir eso para ti?

Le contestaréis:

—Eso quiere decir que te amo de verdad.

—Ok, pero entonces, para la anterior, ¿qué quería decir eso?

—¡Ah, eso era diferente, no tenía nada que ver! ¡Tú eres la primera por la que siento todo esto, hasta este punto!

Cómo no pensar: «Sí, salvo que eso también se lo dijiste a la anterior, en relación con la que le había precedido... ¡Lo habrás dicho ya unas 20 veces! ¿Cómo puedo fiarme, apoyarme en tu palabra, en tus gestos, para entregarme, si sé que esas palabras, esos gestos, los has expresado tantas veces? Si los has repetido tan fácilmente, ¿cómo puedo estar segura de que ahora va en serio?».

Ahí está el fondo de la cuestión que os plantea la Iglesia: «¿Qué guardas tú para quien amarás un día? ¿Qué estás preservando para él, para ella? ¿Merece esa persona que tú la esperes?».

Muchos me dirán: «Padre, estamos de acuerdo en fundar una familia sólida a los 25-30 años. Puede estar seguro de que en ese momento seremos prudentes. Nos casaremos por la Iglesia, incluso haremos una buena preparación. Pero por ahora, a los 15 o 25 años, ¡déjenos en paz! Conviene descubrir las cosas y divertirse un poco sin calentarse la cabeza...». Pero en eso os hacéis una gran ilusión. Después de preparar a muchas parejas para el matrimonio, os puedo asegurar una cosa: uno no cambia fácilmente la víspera de su matrimonio. No es entonces cuando se aprende la fidelidad. No es entonces cuando se aprende a decir que no, para poder mantener luego el sí.

No es en la víspera del matrimonio cuando se aprende el dominio de sí. No. La víspera de su matrimonio, uno es el resultado de los diez años que lo han precedido. Lo que vivís entre los 15 y los 20 años os marca profundamente y compromete el porvenir.

Esta es también la verdad que la Iglesia no puede callar porque os quiere: no es a los 25 años cuando se prepara el matrimonio. Es a los 15 años. No porque a los 15 años se haya descubierto ya a la futura esposa o al futuro marido, sino porque lo que vivís a los 15 años, y después, prepara ya al cónyuge que seréis a los 25 o 30...

Esto lo comprendí mejor aún en uno de los primeros matrimonios que celebré. Esa joven pareja había querido vivir las cosas seriamente, sin dejarse influir por el ambiente de su grupo de amigos. Habían tardado en salir juntos, luego se tomaron su tiempo antes de hacerse novios. Habían querido vivir un verdadero noviazgo, decidiendo esperar a estar casados para entregarse el uno al otro. Todo eso no era fácil para ellos, y no fue tampoco comprendido por sus amigos. Tenían un poco la impresión de ser los «últimos mohicanos», pero aguantaban. No eran más fuertes que los demás, les costaba a veces perseverar en ese camino, pero lo vivían con sentido positivo, como un regalo que se hacían el uno al otro.

El día de su matrimonio me impactaron dos cosas, y ante todo, su alegría. Os imagináis la alegría de una novia de 24 años, que oye a su novio capaz de decirle: «Sabes que esto ha sido a veces difícil, pero por ti, he aprendido a esperar, he aprendido a guardarme, he aprendido a levantarme...».

Ella sabe lo que eso supone hoy de esfuerzos. Conoce el peso de esas palabras. Y la alegría del novio. Cuando oye a la que ama decirle: «Sabes que ha sido por ti, antes incluso de conocerte, por lo que he querido guardar para ti esos gestos. He aprendido a

esperarte. Me he guardado para ti». Puedo deciros que eso marca su alegría. Estos esfuerzos compartidos, vividos como pruebas de amor, no alimentan ningún orgullo. Uno sabe que es demasiado pobre, demasiado débil para enorgullecerse. Y nunca perfecto en este asunto. Pero ¡qué alegría a la hora de recoger los frutos!

La segunda cosa que me impactó es la mirada de envidia —en el sentido noble de la palabra— de sus amigos. Uno de ellos vino a verme después durante la recepción. Nunca olvidaré lo que me dijo. Debía de tener unos 25 años. Un chico muy simpático, pero que no había vivido el mismo itinerario. Se podría incluso decir que tenía un «cuaderno de caza» impresionante. Me dijo esto: «Sabe usted, cuando veo la alegría de los dos, comprendo al fin lo que han querido vivir. Sin embargo, nos hemos burlado mucho de ellos. Pero esta tarde me gustaría estar en su lugar. Solo que no estoy seguro de ser capaz de esa alegría... Me he dado demasiado».

Esta confidencia me trastornó. Un muchacho con buen fondo, capaz de lo mejor, que se encuentra dudando de su capacidad de amar, de ser fiel, de conocer esta dicha «porque ya se dio demasiado». ¿Por qué no tuvo a nadie a su lado, cuando tenía 16, 18 o 20 años, que le preguntase: «¿Qué guardas tú para la que querrás amar?»

El reto es importante. Nada menos que preparar la alegría que se quiere ofrecer, que se quiere vivir, cuando llegue el día en que se esté preparado para entregarse. Hay una verdadera cuestión que plantearse: «¿De qué alegría quieres tú ser capaz? ¿Qué alegría quieres tú ofrecer a quien ames?».

Algunos dirán que todo esto puede dar miedo. ¿Qué pasa entonces con los que ya han caído, que se han herido ya un poco o un mucho? Volveré sobre eso. La misericordia de Dios actúa felizmente. Pero una cosa es cierta: se cambia más fácilmente de costumbres o de vida a los 16 que a los 18, a los 18 que a los 25, a los 25 que a los 30 años. Siempre es posible levantarse. Siempre es tiempo de aprender a amar. Pero cuanto más engolfado se está en la facilidad, más esfuerzos habrá que hacer para levantarse. Por eso la Iglesia no teme dirigirse con franqueza a los jóvenes desde la edad de 15 años sobre esta materia.

Este discurso no debe dar miedo. Debe hacernos responsables. Sí, lo que se vive hoy compromete para mañana. ¿No es esto precisamente un motor extraordinario? Por supuesto, los errores, las tonterías, las faltas cometidas en este asunto pueden a veces marcarnos duraderamente. Pero lo contrario es también cierto: todo lo que hacéis bien, todo lo que vivís de verdadero, prepara positivamente al esposo o la esposa que seréis. Cuando se comprende esto, el mensaje es entusiasmante. Si la Iglesia me invita a liberarme de lo que aún no es verdadero o lo que es demasiado fácil, es para que pueda darme mejor en su día. Si la Iglesia me anima a decir a veces «no», es siempre para que pueda dar un día un mejor «sí». Ese es el tesoro que tendréis para dar al novio, a la novia. Es por quien ahora dáis lo mejor de vosotros mismos, por quien peleáis, por quien queréis guardar vuestra limpieza... aunque no conozcáis aún a esa persona.

Claro que no se llega ahí de golpe. Pero se trata de un cierto estado de espíritu. Y los que se ríen hoy llorarán mañana. Los que lloran hoy, porque es a veces duro levantarse y aprender a decir que no, duro renunciar a hacer cualquier cosa, luchar contra el

desaliento, reirán y darán gracias mañana. No se trata de ser ya perfectos. Todos aprendemos a amar paso a paso. Levantándonos una y otra vez. Se trata simplemente de querer aprender a amar de verdad.

Cuando se hace una excursión a la montaña, el momento más importante está paradójicamente en el comienzo: la elección de la cima. Se puede elegir entre varias. La de 800 metros. No es demasiado alta, ni demasiado dura. La inmensa mayoría se contenta con esa. Y luego, después de todo, no está nada mal si se compara con la colina de 300 metros... ¡sin hablar de la hondonada!

Claro que luego está la cima de 3000 metros. Ahí el camino es más empinado. No se llega en un paseíto, te dejas el bofe, te recuperas... Por lo demás, hay mucha menos gente que se arriesga por ahí. Demasiado duro, demasiado largo. Pero los que han hecho montaña lo saben: ¡la alegría en la cumbre de un 3000 no tiene nada que ver con la de 800!

Estamos hechos para la alegría del 3000. Para esa alegría del gran Amor, fruto de una larga y a veces dura preparación. «La alegría se paga antes, el placer se paga después», dice a menudo el padre Potez. Se experimenta eso en la montaña: la alegría de la cumbre se nutre de los esfuerzos de la subida. Pero los que desprecian el esfuerzo se arriesgan a lamentarlo después. Entre los 15 y 20 años, se está en la edad de elegir la cima. Nadie os pide que lleguéis allí enseguida, ni fácilmente. Pero la Iglesia os suplica que no os contentéis con poco. Os anima a no conformaros con pequeñas historias que se encadenan y no se parecen en nada al gran Amor para el que estáis hechos. Querría daros el gusto por la cumbre y convenceros de que cada uno es capaz de alcanzarla.

Los sacerdotes dan su vida para llevaros allí: a vuestro ritmo, sin caminar en vuestro lugar, levantándoos cuando caéis. Diciéndoos día tras día que estáis hechos para las cumbres. Que allí está vuestra alegría. Ya, mientras camina, con la idea de que cada paso le aproxima a la cima, el alpinista disfruta de un anticipo de esta alegría. Sabe que le espera una gran alegría. Lo mismo os pasará a vosotros. Este camino de exigencia y de verdad será para todos un camino de felicidad. El mensaje de la Iglesia no es una camisa de fuerza que nos vuelve tristes o nos aplasta. Es un camino de alegría. De una alegría auténtica: ¡cada pequeña victoria, cada levantada, me prepara para el gran Amor!

Muchos reprochan a la Iglesia su discurso sobre este asunto. Se la acusa de estar atrasada, de ahuyentar a los jóvenes con una exigencia tan grande. Os planteo sin embargo esta pregunta: ¿Quién os respeta más? ¿Los que, para complaceros fácilmente, os ofrecen como único discurso: «¡Adelante, es lo propio de vuestra edad, divertíos, probad, adquirid experiencia... salid, no os aburráis!»), o los que os creen capaces de lo mejor y se atreven a proponérselo?

El papa podría tener este discurso fácil para agradar al mundo mediático. Eso sería dramático. Eso querría decir que no os cree capaces de prepararos para el Amor verdadero. Nunca os traicionará de ese modo. Prefiere romperse la cara, ser insultado por los «creadores de opinión» y otras pobres *vedettes* político-mediáticas, ¡tan estropeadas en su capacidad de amar que les gustaría desencantaros también a vosotros! Prefiere pasar por atrasado que mentiros.

La Iglesia es madre: os quiere demasiado para mentiros. No os miente sobre el objetivo. Al mismo tiempo, os acompaña. Os levantará todo lo que haga falta. No os abandonará en el camino. Cualesquiera sean los errores y las faltas pasadas, os suplica simplemente que no renunciéis nunca, que nunca os desaniméis. Porque todos estamos hechos para el Amor verdadero.

Tres máximas útiles

Todo esto es hermoso. ¿Pero es posible? Cristianos o no, sentís todos en vuestro corazón esta aspiración al gran amor... Un día, unas jóvenes estudiantes vinieron a verme para charlar al terminar una conferencia. Al comenzar, se mostraron bastante reivindicativas... ¡Habían tenido ya sus experiencias! A menudo con muchachos mayores. Daban la impresión de haberlo visto todo, probado todo, de estar por encima de todo. Se habían entregado con frecuencia... y encajaban mal que yo pudiese ver en eso una dificultad. Querían tranquilizarse poniendo en discusión lo que yo había podido decir. A medida que hablábamos, la fachada comenzaba a agrietarse. Acabé por plantear esta pregunta a una de ellas: «Pero, en el fondo del fondo, ¿cuál sería tu sueño, si todo fuese posible?». «Encontrar a un chico que me sea fiel, que me ame y me respete... ¡fundar una familia que dure!». En una frase, todo lo que ella no había conocido —pero que no dejaba de esperar— salía a la superficie. Sí, a pesar de las apariencias, soñaba con este gran Amor. Simplemente, no creía que fuese posible. «¡Eso no existe!» o «¡Ya es demasiado tarde!»... Por eso intentaba convencerse de que encadenar las relaciones bastaría para llenar su corazón. Para encontrar la ternura tan deseada, lo daba todo y se daba ella, hasta ya no creer en eso...

La Iglesia conoce los corazones. Incluso bajo una montaña de heridas o de faltas perdura un deseo de verdad: esta sed de amar y de ser amado. Sería terriblemente cruel por parte de Dios haber depositado ese deseo en el fondo de nosotros, sin que fuera posible lograrlo.

«¡Es grande, pero es duro!». «¡Nunca lo conseguiré!». «¡Eso es ir contra corriente!»... ¡Cuántas veces he oído esos lamentos! Permitidme daros tres pistas concretas para ayudaros a avanzar. Tres máximas simples para que las recordéis y las meditéis. Las tomo prestadas una vez más del padre François Potez, desarrollándolas con mis palabras.

¡NO DEMASIADO PRONTO!

Hay un tiempo para todo.

Hay primero un tiempo para construirse uno mismo, antes de construir algo entre los dos. ¿Cómo vamos a construir algo sólido juntos, si no estamos contruidos nosotros mismos?

Se puede estar sinceramente enamorado a los 15, 18 o 20 años. Eso no está mal. Al contrario, es en principio algo hermoso. Pero, ¿se está entonces preparado para amar, es

decir, para elegir al otro a esa edad? Eso no está claro. Porque no se está aún formado. Porque el otro no es aún el hombre o la mujer que se tendrá que elegir. Eso es normal. ¿Estáis enamorados a esa edad? Está bien. Guardad eso en vuestro corazón y dejadlo madurar. Y haced lo mejor que podéis hacer por la persona a la que queréis aprender a amar: tomaos el tiempo de construirlos, de formarlos. De realizar los estudios seriamente —los chicos tienen dificultades para atender dos cosas a la vez—. De afianzar vuestro carácter. De desarrollar vuestra personalidad. De madurar vuestra capacidad de compromiso siendo fiel a los que ya tenéis: escultismo, asociación, etc. Intensificad vuestra vida de oración, ejercitad vuestra voluntad, aprended a dominaros. En resumen, preparad al hombre o la mujer que pronto se ofrecerá para ser amado. Aquella persona de la que estáis enamorados os lo agradecerá. Tiene necesidad de alguien maduro y construido, capaz de comprometerse. Cuando os declaréis, estaréis en condiciones de hacerle ver que no se trata de un deseo de adolescente, generoso pero frágil, sino de la proposición madura y consciente de una mujer o un hombre libre.

Vuelvo a pensar en aquel chico de 20 años que venía a lamentarse: no llegaba a estabilizarse, pasaba de una chica a otra, enamorándose cada vez de una nueva. Le pregunté: «Desde tus 14-15 años, ¿cuánto tiempo has estado solo?». «Nunca más de cuatro meses». «¡Ese es tu problema, viejo! Siempre has necesitado una muleta afectiva. Tómate el tiempo de construirte. Luego serás capaz de amar a una muchacha, no por lo que ella te da, sino por lo que ella es».

¡No demasiado pronto! Los años escolares, el principio de la vida de estudiante están ahí para construirlos y formarlos. ¡Cuántos no los viven plenamente, prisioneros de sus historias de corazón a repetición o de una sola historia demasiado pasional! Veo demasiadas parejitas que dan la impresión de ser ya matrimonios mayores. A los 20 años, ya pasan fines de semana juntos, o semanas de vacaciones «en pareja» en el extranjero... ¿Qué os quedará por descubrir cuando estéis casados? Es triste ver a jóvenes de apenas 18 años pegados el uno al otro, incapaces de dejarse en paz, prisioneros de sus dosis diarias de *sms*. Sus amigos son los primeros en quejarse. «Nunca se les puede ver sin su parejita», dicen. Recuerdo a un chico de 18 años que me explicaba, un poco quejoso, que estaba en unos 100 *sms* diarios con su «amiguita». Cada noche se llamaban durante más de una hora, porque hay «tarifa plana», para «dormirse juntos». ¡Cada noche! A la espera de encontrarse cada *week-end*... ¡Qué relación tan agobiante y asfixiante! ¿Cómo creer un solo instante que eso puede durar mucho sin desgastarse?

¡Ah, y esa expresión tan usada en Francia!: «Mi amiguito», «mi amiguita»... ¿Por qué ese «mi»? ¿Es que te pertenece? ¿En qué te has comprometido tú? ¡No hace ni seis meses que estabas con otra, y estarás con otra en un año! Y además, ¿por qué esos diminutivos? Claro que, en una relación así, todo es «pequeñito».

Notad que no me refiero enseguida al pecado. Todo eso puede ser muy casto —la experiencia muestra en todo caso que resulta algo difícil que siga siéndolo durante años...—, ya volveré sobre eso. Estas de ahora son «pequeñas historias», como suelen llamarse... Pero no estáis hechos para «pequeñas historias». Estáis hechos para el gran

Amor. No estáis hechos para amiguitos, sino para vivir grandes amistades. La edad del estudiante no es la edad de los amiguitos, sino de los grandes amigos. De la amistad más hermosa, más liberadora y más constructiva. La edad de esas amistades viriles entre los chicos, y amistades profundas entre las chicas, la de esas buenas amistades entre los del grupo de amigos, que os llenarán y os quitarán el gusto de los amoríos decepcionantes.

No demasiado pronto, quiere decir: no «zapear» este tiempo de la amistad. ¿Estás enamorada de ese chico? Muy bien. No le conviertas en un amiguito, haz de él uno de tus buenos amigos, dentro de un grupo de amigos más amplio. ¿Te has fijado en esa chica? Muy bien. Comienza por construir una amistad gratuita con ella. ¿Por qué? Porque este tiempo de las buenas amistades es precioso: no es un tiempo perdido. La mejor manera de aprender a conocer a esa persona es justamente el grupo de amigos. En un grupo, cada uno se manifiesta como es de verdad. Aprendemos a conocernos con toda libertad. Porque la amistad no es exclusiva. No nos encerremos demasiado pronto, demasiado rápido, en una relación de seducción o de pareja. La amistad es gratuita: purifica lo que puede haber de egoísmo en un primer impulso amoroso. La amistad no reclama nada, no impone nada. Enseña la gratuidad.

Por supuesto, un día esa afección particular se hará explícita. Habrá que dar el paso y arriesgarse. De hecho, no hay una edad precisa para eso. Todo depende de la madurez de cada uno. Pero la experiencia dice, sin embargo, que las historias que comienzan muy pronto no son fáciles de construir, ni de vivir tranquila y limpiamente. ¿Por qué? Porque si se sale juntos a los 16 o 18 años, pero no podemos casarnos hasta los 24 o 25, enseguida va a parecernos un tiempo muy largo. La espera será difícil. Aunque el corazón y la cabeza comprenden que se necesita tiempo (uno no se ve casado a los 16 años... incluso no se tienen ganas de pensar ahora en eso), el cuerpo pide muy pronto llegar más lejos. ¡El deseo no espera a la edad conveniente, arde antes! Habrá que echar mano de un cierto heroísmo para vivir esos largos años manteniendo el mismo ideal.

Mi experiencia de confesor me dice que eso es... ¡bastante raro! Un día asistí al matrimonio de una pareja que salían juntos desde los 14-15 años. Les dije que me rompían un poco los esquemas, ofreciendo un precioso contraejemplo de lo que solía decir en mis conferencias. Se han reído y me han confirmado: «Al contrario, el estar juntos desde tan pronto no nos ha facilitado nada la tarea de discernimiento. Cuando teníamos 15 años, nos hubiera gustado dar con un sacerdote que nos aconsejara aflojar un poco y tomarnos un tiempo». Señalaban bien la dificultad: ¿cómo discernir cuando se es tan joven? Pues las etapas que se queman tan pronto suelen crear vínculos que no estarán precisamente al servicio de la libertad y el discernimiento, cuando se esté preparado para decidir.

Me acuerdo de tres muchachas. Estaban terminando el bachillerato, me parece. Cualquiera supondría que tenían cinco años más. A la salida de la conferencia, vinieron a hablarme, bastante tocadas por lo que habían oído. Todas salían con un chico.

La primera me dijo: «Padre, me ha gustado mucho lo que ha dicho. Le querría pedir un consejo. Tengo la impresión de que mi chico y yo tenemos problemas de comunicación en nuestra pareja. No conseguimos tomarnos el tiempo de escucharnos

tranquilamente, nos atropellamos al hablar...».

La segunda toma el relevo: «Lo mío es a nivel de la sexualidad. En mi pareja, con mi amiguito, tengo la impresión de que no nos encontramos verdaderamente. De hecho, no vamos al unísono en cuestión del deseo y tengo la impresión de...».

La interrumpí: «¡Para, para... *stop!* Parecéis mujeres de 40 años que vienen a contarme sus problemas de pareja. ¡Tenéis 16 años! ¡Este no es el momento! ¡Os metéis en historias complicadas, en laberintos! ¡Os encontráis así con dificultades que no son propias de vuestra edad! ¡Recuperad vuestra libertad, vuestra despreocupación, vuestro natural! ¡Recuperad los afanes y prioridades de vuestra edad! ¡No os perdáis estos años!».

¡No demasiado pronto! A los 15-20 años, se sueña con descubrir el mundo; uno se entrega a los demás en la sencillez de un campamento *scout*; se comparten grandes proyectos para sacarlos adelante entre amigos; se descubre la riqueza de cada uno; nos apasionamos por tal o cual causa; se cultivan los propios talentos... pero uno no se encierra en una pequeña burbuja afectiva muy confortable, que nos separa de los demás o hace que pasemos de largo por estos años.

Siempre me ha chocado esta impresión que dan algunos jóvenes de estar ya «usados». Muy pronto, lo han hecho todo, lo han probado todo, se consideran muy liberados. Ellos han «vivido». Yo los veo sobre todo hastiados y un poco de vuelta de todo. Ávidos de experimentar nuevas sensaciones porque todo les parece insulso. Recuerdo a un joven de 17 años que me decía estar «harto» de las *boîtes* parisienses y de los «planes c...». ¿Qué le quedaba por descubrir? Estaba «gastado». Tan pronto. Muchos se consideran muy libres: al final no son más que «liberados», pero no libres. Detrás de esa fachada, ¡cuántos me han dicho que han llegado a depender completamente de la necesidad de agrandar o de seducir! ¡Cuántos dependen de los «planes» de una tarde en que se tranquilizan fácilmente al ver que saben «ligar» y llevarse a una chica a su cama! ¡Cuántas chicas se encuentran tan pronto prisioneras de una necesidad de ternura a cualquier precio, una necesidad que les costará toda clase de sacrificios, incluido el de su pureza! ¡Cuántos jóvenes no conocen ya la alegría sencilla de esas tardes entre amigos, donde no se necesitan excesos para pasar «una buena tarde» y divertirse!

Los corazones envejecidos por el pecado, por la adicción, por esos hábitos, son con frecuencia de una infinita tristeza. Se la oculta con desenvoltura, se ha aprendido a mantener una fachada tranquila ante los padres y el entorno. Nunca se les diría a los demás —que nos toman por un chico simpático y desenvuelto, seguro de sí y juerguista, o por una chica tranquila, *cool* y abierta— que se sale con demasiada frecuencia disgustado de esas historias sin mañana, de esas fiestas con demasiada bebida y de esos «patinazos» de repetición. Hasta el día en que se atreve uno a reconocerlo a un verdadero amigo, que no le reprocha nada. O en el secreto de una confesión, con un sacerdote con corazón de padre. ¡Qué liberación poder, al fin, ser verdadero...!

No se trata de ser rígido o tímido, triste y apocado. La vida no es binaria. Sencillamente hay que tomar conciencia de lo que uno vale. Nada puede justificar que se desperdicie eso. Hay un desafío importante: mostrar que se puede ser feliz, alegre y

abierto al mundo sin que eso vaya en detrimento del tesoro que se tiene. ¡Al contrario! Es eso tan valioso que tienes lo que debe lucir —tu ideal, tus convicciones, tus grandes deseos, tu sed de vivir...— en cualquier situación que te encuentres.

No demasiado pronto... para tomar el tiempo de anclarse en las verdaderas alegrías. Para aprender a educar el deseo y robustecer la voluntad. No demasiado pronto, para permitir a ese tiempo de las grandes amistades hacer de ti una persona que sabe lo que quiere. Fiel a lo que cree, a lo que lleva en sí. Y por eso mismo una persona más abierta y amable para los demás.

No permitáis que nada ni nadie os robe este tiempo de la juventud. Dejaos libres unos a otros. Regalaos ese tiempo de gratuidad. Es un tiempo de echar los cimientos. Una casa no es sólida si sus cimientos no lo son. Ya se pueden construir muros fuertes, que si los cimientos no aguantan, la casa se derrumba. Tomaos el tiempo necesario de poner los cimientos. Aunque tengáis prisa para ver elevarse los muros, cubrir aguas y decorar la casa...

¡NO DEMASIADO RÁPIDO!

No demasiado rápido significa esto: acepta que nada importante se hace sin emplear el tiempo necesario. Los que construían las catedrales lo sabían. Era la obra de una vida. ¿No es este también el caso de tu futuro hogar?

No demasiado rápido: tómate tu tiempo. Acepta que lo necesitas para pasar del enamoramiento a la elección de amar. De los primeros deseos a los primeros gestos. Del primer impulso a la primera confianza. Se necesita tiempo para el discernimiento. Aunque el cuerpo tenga sus urgencias y pida, el corazón y la cabeza necesitan tiempo para discernir y avanzar en paz.

Una chica de 21 años vino a verme para charlar. Acababa de poner fin a una relación con un muchacho que había durado cuatro años. Me dijo algo que me impactó: «Sabe usted, padre, con X... todo fue enseguida un amor loco, apasionado. Nos entregamos muy rápido, lo hicimos todo, no nos dejábamos. A los ojos de nuestros amigos, éramos una pareja de ensueño. Me doy cuenta hoy de que, en esos cuatro años, nunca nos elegimos realmente. Nuestros cuerpos habían elegido, nuestra necesidad de afecto había elegido. Pero nunca nos concedimos un espacio de tiempo y de libertad necesario para elegirnos el uno al otro».

No demasiado rápido, quiere decir aceptar poner un poco de freno al deseo sensible. No temáis, crecerá por sí solo y bien pronto. Cuida más bien tu libertad y respeta la del otro. Pues tenéis que ser libres para poder reflexionar y discernir lo que sentís.

Si realizáis demasiado pronto gestos que os marcan, crearán un vínculo sensible, incluso carnal, que no estáis aún preparados para asumir, o que podría impedir vuestra libertad de discernimiento. ¡Cuántos, por ejemplo, no quieren hacerse preguntas por miedo a perderse! Están pegados el uno al otro, al tiempo que sienten en el fondo de ellos mismos que todo eso no tiene futuro. Pero ya no son libres. Tienen demasiada

necesidad de esos gestos de ternura, de ese placer del cuerpo y de esa presencia del otro. Cuando realmente no le han escogido.

Cuando oigo a unas chicas decirme: «Padre, no le he dicho que no, porque tenía miedo de perderle si no salía con él...», y que ellas mismas me dicen algunos meses después: «Padre, no le he dicho que no, porque tenía miedo de perderle si no me acostaba con él...». ¿Cómo se puede pensar que haya un solo gramo de amor en esa relación? El amor no impone nada. El amor no reclama nada. El amor no hace chantaje. El amor se expone, se propone, se recibe... el amor sabe ser paciente. El amor sabe esperar. ¿Cómo se puede construir una relación sobre el miedo a perderse? Esa es una señal de falta de libertad. Convéncete. Si te ama de veras, sabrá esperarte. Y construirse mientras espera.

Acostarse con su amigo o su amiga, ¡eso lo hace cualquiera! No es ninguna prueba de nada. Por el contrario, ser capaz de esperar y guardarse por amor por el que se ama, por la que se ama, para entregarse solamente el día en que se haya prometido no dejarse nunca... eso sí. Es una hermosa prueba de amor de la que podéis ser capaces. Un chico que sabe esperar, una chica que sabe guardarse, es una buena señal. Es señal de que el otro os toma en serio. Que quiere poner los medios para discernir. Que os respeta demasiado para arriesgarse a heriros retirándose después de haberse dado.

No demasiado rápido... quiere decir seguir libre. No te conviertes en un reprimido, sino que aprendes a educar tu deseo. ¿Todo, todo enseguida? No, no en el amor verdadero. Somos la generación de la inmediatez, de lo instantáneo. Descubre la gracia del tiempo y de la duración. En eso también oigo a muchos jóvenes decirme: «Padre, éramos dos buenos amigos, hemos ido demasiado rápido. Tendríamos que haber esperado y seguir siendo buenos amigos. Pero con lo que hemos vivido, ya es difícil recuperar esa amistad...».

No demasiado rápido... quiere decir: aprende a decir «no». Para que puedas decir «sí» cuando estés preparado. ¡Cuántos jóvenes acaban por dudar de ellos mismos porque aún no han salido con nadie a los 18-20 años! La presión social, y a veces incluso la de los padres o los amigos, nos empuja a plegarnos a las modas, por miedo a parecer «raros». Es triste. Ese al que se admira en una clase no debería ser el que tiene un «cuaderno de caza» más lleno. Eso solo prueba una cosa: que no sabe decir «no». Y que no sabrá luego decir «sí». Se debería admirar a quien, teniendo los mismos deseos que los demás, ha sabido aprender a ser libre y se prepara, gozosa y realmente, a vivir una historia seria. Prefiere renunciar a las historias fáciles y sin mañana, para estar plenamente disponible para quien llegará un día a vivir una hermosa aventura con él.

Hay algunos que se justifican diciéndose que eso no es nada, o solo un juego que no compromete a nada. Y que las dos partes son conscientes. Se acentúa incluso el aspecto lúdico organizando concursos o apuestas durante una velada. Pero, al final, no es algo anodino. ¿A quién le gustaría ver a su novio «ligar» con otra? ¡Incluso en broma! Seamos serios. A los 16 años, se hace eso por ligereza y diversión. Claro que a los 18 esos mismos con la misma ligereza se ven en la habitación. Si han bebido algo, derrapan y la cosa llega lejos. Demasiado lejos. De manera sucia.

¡Qué tristeza cuando oigo a alguien decir que la «primera vez» fue después de una fiesta en que se había bebido más de la cuenta! Bajo el efecto de unas copas, todos los buenos propósitos se desvanecen. Al día siguiente se lamenta haber llegado tan lejos, tan rápidamente... Realmente no es eso lo que se había soñado...

No demasiado rápido. ¿Cómo creer que una historia sólida puede comenzar en apenas unos días? Sin embargo, ¿no es esa la trama habitual? Nos encontramos en una velada, quizá incluso ya nos hemos besado. Nos damos los números de teléfono, nos llamamos al día siguiente para un café, nos enviamos mensajes durante la semana siguiente, cada vez más personales. Nos vemos y nos enamoramos el fin de semana siguiente, persuadidos de que hay algo entre nosotros... Salimos juntos, «para ver si». Porque es mejor que estar solo. Porque se tiene miedo de dejar pasar nuestra oportunidad. Porque los demás nos empujan. Es verdad que ya les dijimos algo al segundo día... Y ya tenemos una nueva parejita, con anuncio oficial y fotos en *Facebook*. ¡Por favor, no llaméis a eso amor! Es una caricatura del amor. Uno no se entrega tan rápido...

El amor necesita tiempo. El amor necesita discreción. El amor necesita paciencia. Nada debería trascender en el nacimiento de un amor entre dos jóvenes serios. No querrán que las miradas exteriores arruinen lo que están tratando de construir tan delicadamente. Los primeros gestos de ternura no se muestran en público. No se besan a la salida del instituto a la vista de todos. ¡No estáis viviendo una historieta más!

Yo creo en el flechazo. ¡Claro que sí! Se puede quedar uno trastornado en un primer encuentro. Pero nada impide entonces, sobre todo cuando se es joven, tomarse el tiempo de conocer al otro. Invítadlo, llevadlo a vuestro grupo de amigos. Encontraos con los demás, en vacaciones, en una JMJ, en excursiones, con más gente. Id con otros a servir a los necesitados, a los pobres... No hay nada mejor para llegar a conocer a alguien de verdad. Tendréis experiencias comunes, recuerdos comunes, experiencias fuertes en común.

Aunque el corazón esté acelerado, dadle un espacio a la inteligencia. También a ella le toca trabajar. ¿Tenéis ya lo esencial para construir una historia en común? ¿Compartís convicciones fundamentales sobre el amor y sobre el modo de prepararos? Se puede estar enamorado de alguien muy diferente, de convicciones opuestas. Pero salir con alguien así, que podría un día comprometerse definitivamente, ¿de qué sirve eso? No digo que se deba estar absolutamente seguro a priori de que esa persona será nuestro cónyuge para toda la vida. Pero hay que contemplar esa perspectiva.

Si hay ya aspectos que me dicen que no será posible fundar una familia juntos, entonces ¿para qué emparejarse? ¿Como pasatiempo? ¿Porque me gusta? Eso no me prepara para nada. Pierdo el tiempo y me arriesgo sobre todo a que el otro espere algo que no soy capaz de darle. Y una historia sin mañana o sin porvenir puede herir y dejar huellas.

Hay algo esencial: cuando se sale con alguien, debe ser después de un primer discernimiento personal y con la perspectiva de pensar juntos si estamos hechos el uno para el otro, si queremos comprometernos definitivamente. Hay que tener eso en el corazón y ser capaz de compartirlo con el otro desde el principio. Precisamente porque

se tiene un compromiso potencial en el horizonte, se podrá progresar en el discernimiento planteándose preguntas al respecto. Hablando con verdad, aprendiendo a conocerse, a la luz de este proyecto.

Salir sin perspectiva de compromiso, ¿no es acaso buscar un consuelo afectivo a corto plazo? Eso quiere decir que, incluso sinceramente, se utiliza al otro. Igual que él nos utiliza. Pero ya no estamos en la lógica del don. Algunos dirán: «¿Cómo quiere usted que a los 16 o 18 años uno sea capaz de plantearse la cuestión de un compromiso, de un noviazgo serio?». ¡Estoy de acuerdo! ¡Esa es la prueba de que hay que esperar y de que este no es el momento! Así de claro...

No demasiado rápido. Eso quiere decir también: no tengáis miedo de la distancia. Es muy valiosa para el discernimiento. Cuando se va con la nariz en el manillar, no se ve nada. Cuando se pone uno derecho en la bici, se puede ver mejor la carretera y se ve adónde se va. La distancia es importante para los enamorados. Cuando se está enamorado se tiene más bien tendencia a verlo todo como nos gustaría que fuese. La ilusión es muy fácil. ¡La autojustificación también!

Una manera de tomar distancia es ir a hablar con un sacerdote, con alguien de nuestra confianza que conozcamos, para contarle lo que estamos viviendo: nuestras preguntas, nuestro discernimiento, nuestras alegrías y nuestras dificultades. Esa persona no se encuentra implicada en vuestra historia. Tiene la perspectiva necesaria para ayudaros a mirar las cosas de frente, a ser sinceros con vosotros mismos.

Está fuera de cuestión que el sacerdote elija por vosotros. Pero podrá daros buenos criterios de discernimiento. Podrá sugeriros las preguntas que debéis haceros. Podrá alertaros de los riesgos. Podrá animaros en el camino del aprendizaje del amor. Me quedo siempre tranquilo cuando veo a un chico o una chica capaces de esta franqueza. Al menos, a pesar de las dificultades, no se engañan a sí mismos. No tengáis miedo de las preguntas que el sacerdote pueda haceros. Si vuestra historia es hermosa y vuestro corazón es limpio, no tendréis miedo a las preguntas. No se trata de poner cerrojos en vuestro asunto para estar seguro de no perder a quien os enamora. Se trata de aprender a elegir de un modo auténtico, libre y sólido. Es vuestra elección. Pero que sea verdadera.

Tomar distancia. Eso quiere también decir aceptar no verse demasiado enseguida. ¡Bienaventurados los enamorados que no viven en la misma ciudad! Los que tienen la experiencia de un trabajo de seis meses en el extranjero. ¿Por qué? Porque esos tiempos de separación van a permitir a cada uno medir en qué está apegado al otro. ¿Qué es lo que amas en el otro? ¿Qué te falta? La separación permite poner naturalmente freno al aspecto sensible de la relación, para profundizarla más. Distinguir entre el impulso de un momento y el sentimiento que dura y echa raíces.

Por favor, no tengáis miedo de la distancia. ¡Y no intentéis reducirla a golpes de cientos de mensajes de texto! No hay nada peor. Es una manera artificial de mantener al otro cerca, pero que os quita perspectiva. Por escrito se es menos natural y por teléfono se da lugar fácilmente a malentendidos. No se va tan ligero cara a cara. ¿Cómo podríamos arreglar nuestras diferencias de criterio, esto es, las cuestiones esenciales, por teléfono o con mensajes? Y sin embargo, son sin cuento los que se declaran por *sms* y

rompen luego con un telefonazo. Es penoso. Para construir y alimentar la relación, os aconsejo mejor el correo. ¡No el *mail*, la carta! ¿Ha venido ella a verte este fin de semana? Muy bien. Cuando la acompañes a la estación de vuelta, dale las gracias por el tiempo que habéis pasado juntos. Luego, vuelve a casa y tómate el tiempo de meditar y repasar lo que habéis vivido, vuestras charlas y discusiones. No le envíes enseguida 10 *sms*. Está en el tren, no te inquietes. No la llames esta noche. Ni tampoco a la mañana siguiente. Apartaos un poco. Respetad vuestro espacio de libertad. Todavía no lo eres todo en su vida. No te preocupes por lo que hace, o lo que ve. Tomaos el tiempo de madurar lo que habéis vivido. Luego, si quieres comunicar con ella, escríbele una buena carta para compartir lo que recuerdas de vuestras conversaciones.

Una carta marca cien veces más, porque se pueden elegir las palabras, pensar lo que se le quiere decir. Se encuentra el tono justo. Al recibir una carta se sabe el tiempo que le habrá costado al otro. Se la lee y relee tranquilamente. Se tiene tiempo para reaccionar. No nos domina lo inmediato e instintivo. Una carta se guarda. Se vuelve a ella. Se construye con cartas y con verdaderas discusiones, cara a cara. No con *sms*... No seáis prisioneros de vuestra relación. No os encadenéis el uno al otro a base de *mails*, *sms* y llamadas interminables. No se trata de crear una dependencia entre vosotros, sino más bien de permitir una elección libre. ¡Cuántas relaciones son en realidad asfixiantes para el uno o el otro sin que se atreva a decirlo!

No demasiado rápido. Toma también el tiempo de discernir tu vocación. Estoy persuadido de que muchas vocaciones de Dios se pierden a causa de los flirteos y otras historias ligeras demasiado tempranas, emprendidas apresuradamente. ¿Cómo pretendes discernir leal y libremente lo que Dios quiere de ti, si tu corazón está ya ocupado? Estar enamorado no es por fuerza una señal de que no se está llamado al sacerdocio o a la vida de entrega en celibato. Ese sentimiento amoroso es humano y natural, cualquiera que sea nuestra vocación. Pero si el Señor os llama a entregaros a él, es preciso aprender a dominar vuestros sentimientos. Tendréis que renunciar a ese amor por un Amor más grande, para daros totalmente a Dios y a todos. Esta es otra razón para aprender a guardarse, para darse mejor. Será más duro renunciar al amor de una chica, de un chico, si se ha adquirido el hábito de esos abrazos facilones o de esas historias demasiado ligeras.

¡NO DEMASIADO CERCA!

Que nadie se equivoque. No se trata de ningún rechazo del cuerpo. Ni del propio cuerpo, ni del cuerpo del otro. La religión cristiana da un lugar importante al cuerpo — ¡creemos en un Dios que se hizo carne!— y enseña el respeto que se debe al cuerpo, «templo del Espíritu Santo».

Nunca se insistirá bastante: la sexualidad, la unión de los cuerpos, el deseo y el placer sexual... todo eso es bueno, porque es querido y creado por Dios. ¡Es algo bello e importante! Una visión que desprecie el cuerpo, que vea la sexualidad como algo

«sucio» o no vea en ella más que una ocasión de pecado, no es en absoluto cristiana. Y se arriesgaría pronto a perder el equilibrio mental.

Sencillamente, todo debe ocupar su sitio preciso. El cuerpo está ahí para servir al corazón y a la inteligencia. No es quien debe gobernar, sino servir. En efecto, es necesario que «los gestos del cuerpo sean el lenguaje del corazón», como decía san Juan Pablo II. Lo que el corazón ha elegido, lo manifiesta el cuerpo. Así, el cuerpo no se adelanta a las elecciones del corazón, sino que las muestra. Y si se produce un desacuerdo entre el cuerpo y el corazón —cuando los cuerpos se entregan sin que los corazones se hayan escogido realmente— entonces vienen las heridas, los desgarros.

Se ven muchos jóvenes «desunificados», «desgarrados» interiormente, porque el cuerpo no sigue ya los impulsos del corazón. Han tomado la costumbre de entregarse sin que el corazón se entregue al mismo tiempo... Con frecuencia, acaban despreciando su cuerpo. Los gestos ya no significan mucho. Como si nuestro cuerpo no fuese ya verdaderamente nuestro. Se le entrega, pero no nos entregamos.

No demasiado cerca. Eso quiere decir: no permitáis que vuestros cuerpos se junten si vuestros corazones no están aún preparados para prometerse y entregarse. Quiere decir también: no tengáis miedo de los gestos del amor, de los gestos de ternura. No tengas miedo de aprender a realizarlos, de la forma adecuada... pero sé consciente de que ninguno de esos gestos es anodino. Nos marcan en profundidad. Nuestros cuerpos tienen memoria. No se puede ser ligero en este asunto. Ahí, más que nunca, se necesita prudencia, respeto y delicadeza.

Un día, al final de una conferencia en París, vino a verme una chica. Me cuenta que, durante un año, ha salido con un muchacho. «Es alguien que usted conoce bien. Al cabo de un año, él ha querido cortar nuestra relación. Luego, ha pasado página. Yo estoy hundida desde hace un año...». ¿Qué ha pasado? Ese muchacho, puedo atestiguarlo, es en verdad un buen tipo. Sencillamente, creo que no han sido prudentes. Sin llegar hasta el final, se han dejado llevar por gestos y palabras inadecuados. Pero sin discernir si el uno y el otro les daban el mismo significado. Me parece que ella se sentía mucho más comprometida por esos gestos de ternura que él. Al final, ella quedó con la impresión de que él había jugado con ella, como si no tuviera la misma exigencia de verdad que ella. Se sentía herida. Consideraba que si él había dicho lo que había dicho, o tenía tal o cual gesto de ternura, para ella significaba que él estaba preparado, y la había elegido. Pero él, con total sinceridad, no daba el mismo valor a esos gestos. No se sentía tan comprometido como ella. ¿Cómo podía acusarlo de haberle mentido? Tenía la impresión de haber sido siempre sincero, y así era. Uno puede equivocarse «sinceramente»...

Entonces, ¿hay que abstenerse siempre de esos gestos? ¡Claro que no! La ternura se va aprendiendo poco a poco. Pero eso hay que hablarlo con el otro, tomándose el tiempo necesario y explicar lo que cada uno pone en tal o cual actitud. Hay que contarle al otro nuestra reacción ante lo que hace o dice. Chicos y chicas no reaccionan de la misma manera ante las actitudes cariñosas del otro... ¡No es ninguna novedad que no tenemos la misma relación con nuestro cuerpo! Hay que aprender a conocerse, a comprender cómo funciona el otro. Lo que puede parecer anodino para uno no lo es sin duda para el

otro. Nuestros deseos no son los mismos, nuestra sensibilidad tampoco. Por eso tengo que prestar mucha atención al otro. No me puedo acercar sin un infinito respeto y una gran delicadeza.

No demasiado cerca. Eso quiere decir también reencontrar el verdadero sentido de la pureza. Injustamente, se hace de ella una cosa de reprimidos o frustrados, mientras que es la virtud de los valientes y de las personas verdaderamente libres. La pureza no consiste en aniquilar todos nuestros deseos, sino en aprender a educarlos para controlarnos. Hay una tarea importante aquí: se trata de que gobiernen el corazón y la cabeza, y no los impulsos o los deseos.

Esta pureza no es algo que se adquiere de una vez por todas; es el fruto de un largo camino. ¡No se aprende a ser libre interiormente y dueño de sí en unos meses! Para todos, el camino es duro y exigente: todos somos débiles en este campo. Pero es un hermoso combate interior: quien lucha por mantener esa limpieza de corazón y de espíritu podrá un día ofrecer el fruto de ese esfuerzo al ser amado. Ese es el motor de la lucha, la primera razón para no desanimarse: ¡luchamos por la persona a quien amaremos! Para poder mirarla limpiamente. Para no hacerle daño nunca por restos de egoísmo o faltas de limpieza.

La pureza personal es con frecuencia una lucha dura, en particular para los chicos, sobre todo en la edad en que están haciéndose hombres. A veces es más difícil controlar nuestros impulsos y nuestros deseos físicos. Para algunos, la lucha es cosa de todos los días, con verdaderas adicciones a vicios solitarios.

Esconden todo eso tras una fachada limpia, o por el contrario muy desenvuelta, como si nada fuese grave. Pero en el fondo de ellos mismos, desearían verse libres de esas servidumbres: no más búsqueda de placeres que avergüenzan, no más imágenes degradantes. «¡Eso no es lo que quiero... pero es más fuerte que yo!». ¡Cuántas veces he oído este grito del corazón!

Hay que comprender esto: lo esencial no es no caer nunca. La lucha es más o menos fuerte, pero todos la tienen, de un modo u otro. ¿Quién se atrevería a negarlo? ¿Quién presumiría de estar seguro en esta materia? ¿Quién podría tirar la primera piedra? Lo esencial es la perseverancia. Vuestro deseo de limpieza, sin desánimos. «Al atardecer de vuestra vida, el Señor no contará las veces que habéis caído, contará el número de veces que os habéis levantado», decía el papa Benedicto XVI a los jóvenes alemanes. Lo esencial es aceptar estar en el camino, levantarse sin desanimarse y aprender poco a poco a buscar las verdaderas alegrías, apartándose de los placeres fáciles, efímeros, forzosamente decepcionantes.

A la que amaréis, no le vais a ofrecer un currículum sin fallos... le ofreceréis vuestras levantadas, una tras otra, como pruebas de que, por ella, nunca os habéis desanimado, nunca os habéis rendido. En esto también, lo que vivís hoy prepara al esposo o la esposa que seréis mañana. ¡Si conocierais la alegría del novio que comparte con su novia los esfuerzos y las victorias que consiguió por ella, gracias a ella! Sí, está feliz y orgulloso el que puede decir a su novia: «Sabes que es duro para nosotros los varones, pero para merecerte, para ser capaz de amarte, aprendí poco a poco a dominarme, me tuve que

levantar con frecuencia, pero nunca me rendí, siempre te estuve esperando...». Bienaventurados los que tienen la sencillez necesaria para no justificar sus debilidades, ni tomarlas a broma, sino mirarlas de frente sin perder la alegría, y superarlas paso a paso, dejándose ayudar cuando lo necesitan.

Bienaventurados también los jóvenes que encuentran en sus amigos una ayuda en esta lucha por la pureza. En esto también la presión social puede hacer caer a los más débiles. Es de buen tono, a veces, reírse de todo o relativizarlo. «Después de todo, ¿es lo propio de nuestra edad! ¡Hay que divertirse...!»). Una vez más el miedo a parecer mojigato... sin mirar de frente el riesgo de quedar preso en costumbres degradantes. ¡No se trata de dramatizarlo todo! Ni de relativizar. Sino de querer y elegir amigos que me empujen hacia arriba, también en este asunto. ¡Necesitáis amigos, no cómplices!

Bienaventurados los novios que aprenden a amarse compartiendo este deseo de limpieza. ¡No es que se sientan obsesionados por los pecados que hay que evitar! Pero tienen esta caridad tan preciosa de querer facilitarse el uno al otro esta pureza gozosa y positiva, que facilita tanto el discernimiento. Esa es una verdadera prueba de delicadeza: más que prestar atención a los propios deseos —a veces dictatoriales—, preferir estar atento al otro, para respetarlo mejor. Para animarse mutuamente. Para empujarse hacia arriba y permitir así que cada uno pueda dar lo mejor de sí.

Una pareja que, por el contrario, nivela por abajo, adaptándose a las costumbres de la parte menos exigente, debería hacerse algunas preguntas. El amor hace crecer. No debería hacernos caer o rendirnos. Y si el uno o el otro no han recibido tanto, o no tienen las mismas exigencias, se saldrá ganando siempre poniéndose en la escuela del que, o de la que, tiene un ideal más exigente y risueño. ¡Qué alegría si el otro descubre esta nueva forma de amar en serio...! Siempre se progresa mejor entre dos fijándose un objetivo elevado, eligiendo una cima que conquistar. La mejor prueba de que se ama al otro, ¿no es acaso querer que crezca, y permitirle que manifieste lo mejor que tiene?

Eso no quiere decir que se le exija no tener fallos. Con frecuencia se progresa paso a paso y eso implica que alguno de esos pasos sea un tropiezo. Lo que cuenta es querer perseverar. La pureza será a veces sinónimo de humildad e incluso... de buen humor.

Bienaventurados los que saben que no son más fuertes que los demás, que se conocen y tienen la sencillez de atenerse los dos a unas reglas del juego simples y concretas para ayudarse a vivir la pureza. Bienaventurados los que tienen el buen humor de reconocer que no son los campeones de la castidad y que se ejercitan en la prudencia, para no encontrarse en situaciones complicadas. Bienaventurados los que no ven en esas reglas del juego un corsé agobiante, sino un camino de libertad para preparar mejor el día en que serán llamados a entregarse.

No demasiado cerca. Es en el fondo una estupenda regla, no para impedir darse, sino para ayudarnos a esperar el día en que la entrega tendrá toda su verdad. No demasiado cerca... me recuerda esta conversación:

«—Padre, estoy muy contento, ella viene a verme este fin de semana. Viene a París desde Lyon en tren, tendremos tiempo para charlar...

—¡Genial! Pero, dime... ¿has encontrado ya una habitación de hotel de buen precio

para ella?

—Eh... no... en París son muy caras, soy estudiante, no tengo un chavo.

—¿Vivirá entonces en casa de una amiga, no?

—Bueno, no es lo que hemos previsto. De hecho, tendrá que alojarse donde vivo yo.

—Está bien, te dejará su habitación un amigo.

—Bueno, no... solo tengo una habitación de estudiante, ya sabe.

—Entonces, ¿dormirás tú en el salón?

—Ah no, no hay salón. Es solo una habitación del tamaño de una cama, la ducha y la cocinilla... 10 m² en total.

—¡Vaya, tendrás que dormir en el suelo!

—La verdad es que no lo tenía previsto... Pero, padre, ¿qué se imagina? No pasará nada, se lo prometo.

—¡Te ríes de mí! Estás loco por ella, y ella loca por ti. Vais a pasar dos noches en una cama estrecha, que ya es pequeña para ti... y ¿me quieres hacer creer que os vais a contentar con jugar al Monopoly? Me tomas por tonto o el tonto lo eres tú».

La ingenuidad de algunos es sorprendente. ¿Pero es verdadera esa ingenuidad? Creo que es un poco culpable. Un viejo sacerdote hablaba del «pecado del felpudo». «En tu cabeza, ya caes cuando la dejas pasar del felpudo. Ya sabes cómo puede acabar eso. Y te arriesgas...».

No se duerme juntos. Nunca. No solo porque la situación es peligrosa. Sino también, sencillamente, porque no es adecuado. La habitación del otro, la cama del otro, es algo que pertenece a su intimidad. No se entra así como así en la intimidad del otro. Se espera uno a las palabras que se pronuncian el día del matrimonio : «Te recibo y me entrego a ti». ¡Uno espera a ser recibido! Es importante este aspecto. Cuando se ama al otro, no se quiere solo «evitar el pecado». Se busca lo que es más adecuado, lo mejor, lo que conviene realmente. Es muy hermoso poner los medios y formarse la conciencia, hablando con el sacerdote, leyendo, rezando. Tu conciencia te dirá entonces lo que debes hacer. Os sentiréis muy bien si estáis haciendo lo que es adecuado. Si vuestras intenciones son limpias. Si estáis en la lógica del don y no del egoísmo. La conciencia, por poco formada que esté, es una brújula valiosa... ¡pero hay que escucharla!

No demasiado cerca. Admiro a las parejas de jóvenes, e incluso novios, que comparten esta exigencia de castidad. Admiro a los que quieren vivir o aprender a vivir esta castidad alegre, positiva y amorosa. Se ofrecen el uno al otro un regalo precioso, para prepararse mejor a amar. Admiro a esos jóvenes que, habiendo tenido ya relaciones sexuales, después de un retiro, una conversación a corazón abierto con un sacerdote, una buena confesión, se empeñan en redescubrir la belleza de la castidad. Admiro a los jóvenes que confían en la Iglesia para que les acompañe. Doy gracias por su alegría que comparten conmigo. «Padre, no nos creíamos capaces... a veces es duro... pero ya vemos los resultados. Nos volvemos a conocer. Nos prestamos más atención. Ganamos en profundidad...». Sus esfuerzos, sus levantadas, su perseverancia en querer superarse, todo eso toca profundamente el corazón de Dios. Se está lejos de toda «moralina» estéril. Se trata más bien de generosidad. Puesto que tu pareja será lo más hermoso que habrá en

tu vida, ¿aceptas los mejores medios para construirla? ¿Aceptas superarte, y seguir el «manual de instrucciones» que te ofrece la Iglesia en su sabiduría? ¿Quieres ofrecérselo a quien amas? Se está así lejos de toda frustración. Se está ya en la lógica del don.

Esto me recuerda sonriendo a una joven pareja de novios de 23-24 años que son aún bastante jóvenes. Querían vivir esta castidad, pero como para cualquiera, no era cosa fácil. Sobre todo para él. Pero eran generosos. Hacían lo que podían. Un día, cuando me explicaban que era verdaderamente duro verse hasta tarde en la habitación del uno o el otro, les propuse:

«¡Está claro! Si estáis charlando hasta la noche, sentados en la cama del otro, en su habitación de estudiante... ¡no es de extrañar que se os ocurra cualquier cosa! ¡En ese momento será heroico decir que no!».

Resultaba que había cerca un restaurante kebab, de esos que nunca cierran por la noche. Les dije: «Si tenéis forzosamente que veros por la noche, id a charlar al kebab. ¡El olor de las patatas fritas y los bocadillos calmará vuestros ardores!». Ella estaba encantada con la idea, porque sobre todo quería hablar. ¡A él no le gustaba tanto!

Durante el resto del noviazgo, yo recibía a veces a la una de la madrugada un *sms* de ellos: «¡Gracias, padre, gracias a usted, seguimos aún haciendo el kebab!». El día de su boda, en la última página del folleto de su misa, entre otros agradecimientos, me hacían un guiño que muy pocos entenderían: «Gracias al padre Grosjean por su ayuda, sus consejos y los innumerables kebabs que hemos podido hacer gracias a él». Lo agradecían de verdad. Y yo me reí mucho y daba gracias por su buen humor.

No puedo evitar el pensamiento de que el Señor sería el primero en reírse al verles quedarse en el kebab, tocado sin duda por su humildad y sus deseos de portarse bien. Se sabían débiles, tenían la sencillez de reconocerlo y de poner los medios a su alcance para no renunciar a su ideal. ¡Nunca antes habrá sido un kebab el símbolo de un deseo de amar así!

No demasiado cerca, quiere decir, en fin, no juegues con los límites. Con frecuencia hay una cierta hipocresía en el «no llegar hasta el final», es decir, no darse totalmente al otro en una relación sexual completa, pero permitir todo lo que la precede. ¡Como si el mensaje de la Iglesia consistiese en imponernos una línea roja que no se debe pasar! Es ante todo un estado de espíritu... Pienso que incluso los preliminares pueden a veces herirnos más. Ciertamente, no se ha llegado «hasta el final». Pero ¿qué hemos hecho? Hemos jugado con el cuerpo del otro; lo hemos utilizado para procurarnos un placer. No se trata del don de sí, sino de aprovecharse del otro. Hay algo incompleto, algo entre los dos, que no satisface y es pobre afectivamente... En el fondo, una masturbación recíproca. Eso es lo que hiera. ¿Cómo me puede pedir eso quien me ama? ¿Cómo puede hacer eso la que me ama? Estamos hechos para el don de sí, el don total. Cuando estemos preparados. No estamos hechos para darnos a medias. Para tocarnos. Todo eso es muy bajo. Y pasado el placer de un instante, se reconoce que hay una frustración.

Aunque la misericordia de Dios puede perdonar y reparar muchas faltas, no os acostumbréis a ese género de «patinazos» más o menos consentidos. A menudo, las primeras veces, se va «demasiado lejos» o «bastante lejos» sin quererlo expresamente.

Se había bebido más de la cuenta, se está enamorado, el otro nos había provocado un poco, se deja uno llevar. Doy gracias por los que se dan cuenta luego de lo que han hecho y aprovechan este error para recomenzar sobre bases más sanas. Se confiesan, ponen las cartas sobre la mesa y los medios para no volver a caer. Eso les habrá demostrado que son débiles y que incluso los mejores pueden caer. Saldrán de ahí más atentos y más humildes. No los que relativizan el asunto, pasan, se ríen o presumen asumiendo el riesgo de volver sobre lo mismo una y otra vez. Muy pronto dependerán de esas relaciones tan pobres afectivamente, de unos gestos que no dejan sitio al amor. Sin darse mucha cuenta, no hacen más que imitar lo que han visto en películas porno... Se creen «liberados», se tranquilizan diciéndose que no han llegado demasiado lejos, pero ¡es tan relativo ese «demasiado lejos»!

Os lo suplico: ¡no os dejéis atrapar en esas zarzas! El alma pegajosa, el alma triste de tantos jóvenes, desanimados en el fondo ante su debilidad, hechos polvo y sucios por estos pecados repetidos, es un espectáculo que no deja indiferente a ningún sacerdote. ¡Permitidnos sacaros de ahí! ¡Dejad que os ayudemos a liberaros! ¡Para que recuperéis el gusto por la verdad! Para devolveros la limpieza de hijos de Dios, hechos para amar y ser amados. No para «ligar», «besar» y «copular»... Para «amar» y «entregarse». En verdad.

Amistades de calidad

Esta exigencia de verdad es difícil de vivir y cultivar si estamos aislados. Ese es por tanto otro punto esencial en vuestros años de formación: construir amistades sólidas que os lleven al bien y tiren para arriba de vosotros. ¡Qué fortuna tener un grupo de amigos en el que nos podemos animar y compartir el deseo de vivir limpiamente! Es una suerte, pero hay que merecerla. Poned empeño en elegir bien a vuestros amigos y dedicad tiempo a cultivar esas verdaderas amistades. La calidad de esas amistades —chicos y chicas— es una magnífica ayuda para quienes quieren aprender a amar.

Me gustaría deciros lo que puedo esperar de las chicas y los chicos. Cada uno tiene en efecto un papel muy valioso para los otros. Me dirijo primero a ellas.

¡A LAS MUCHACHAS!

¡Señoritas! Sin duda ya conocéis cuál es el drama de los chicos... ¡Su problema número uno es que son débiles! ¡Los muchachos son con frecuencia unos blandengues! La pereza es EL gran pecado de los chicos. Lo digo humildemente... pero es muy cierto. Somos muy veleidosos: los primeros en pergeñar unos proyectos increíbles, en cultivar grandes deseos, en querer arreglar el mundo, en pretender ser unos héroes, crear nuestra propia empresa, construir un imperio, y... ser incapaces de hacernos la cama, limpiarnos los zapatos, arreglar nuestra habitación, ponernos a trabajar... ¡eso nos supone un esfuerzo sobrehumano!

El tiempo del verbo que prefiere un chico es el condicional: «Habría que... Estaría bien que... Me gustaría...». En suma, tenemos un verdadero problema con nuestra voluntad. ¿Por qué os digo esto? Porque tenéis que daros cuenta, queridas chicas, del impacto que tenéis en nuestra voluntad de varones.

Guy de Larigaudie —uno de los primeros jefes *scout*, que escribió un librito titulado *Étoile au grand large (Estrella en la inmensidad)*, y que os recomiendo— da como ejemplo un divertido test que podréis hacer este verano. Imaginad una piscina con algunos chicos a su alrededor. Hay un trampolín muy alto. Ningún muchacho se atreve a saltar desde ahí: por cansancio o canguelo. Que entren dos o tres chicas simpáticas, en ropa... «estival», y se coloquen al borde de la piscina. ¡La reacción de los chicos será... inmediata! Se precipitarán al trampolín, se empujarán para ser el primero en saltar, realizando un magnífico salto del ángel. ¡Eso funciona siempre! Pero es bonito: ¡la simple mirada de una chica ayuda a un chico a superar su miedo o su pereza. Estos

señores lo tenían diez minutos antes, pero se atropellan y empujan para merecer una mirada de estas muchachas. ¿Veis el impacto positivo de una presencia femenina sobre un grupo de chicos?

Más en serio, creo que el ambiente de un grupo de amigos depende en gran parte de la actitud de las chicas. No es que sean las únicas responsables si ese grupo se descarría o cae en la facilonería. ¡Sería muy tonto echar la culpa a unos u otras de cualquier torpeza! Pero bendigo al cielo cuando, en un grupo de amigos, veo que hay chicas guapas, alegres y con ganas de vivir... pero también exigentes, libres y capaces de decir «no». Chicas limpias y luminosas, al contacto de las cuales se desea dar lo mejor de uno mismo.

Los chicos me suelen decir: «¿Sabe, padre? Encontré en una reunión a una chica genial. Al tratarla se tienen ganas de portarse bien». ¡Qué gracia para un chico encontrar en su camino a chicas así, que van a tirar de él para arriba y a impedirle encharcarse en sus debilidades o su pereza! Chicas por las que encontrará la fuerza y la voluntad de volver a levantarse, de progresar y ofrecer lo mejor de él mismo.

Voy a añadir aún un punto, para vosotras las chicas. Los chicos, en particular en la edad en que están creciendo, tienen una lucha bastante dura: el combate por la pureza personal. Ya hablé de esto algo. Es con frecuencia más difícil para un muchacho aprender a dominarse y adquirir la libertad interior. Los impulsos son fuertes, el deseo físico agobiante. La pornografía y la masturbación son tentaciones frecuentes. Para algunos, incluso entre los mejores, se convierten casi en adicciones, tan difícil es aprender a decir «no» a esos placeres inmediatos, fáciles pero efímeros.

En ese combate oculto, el chico lucha contra el desaliento y la tristeza interior que dejan en el fondo del corazón estas caídas y recaídas. Se lo reprocha porque se da cuenta de que no corresponde a lo que querría vivir. Se enfada consigo mismo y pierde la confianza en él. Muchos no se atreven a declararlo en la confesión y llevan en soledad un fardo demasiado pesado, sin dejarse ayudar. Eso es quizá lo más duro...

Pero en ese combate que con frecuencia ignoráis, o del que no notáis la violencia, tenéis, señoritas, un papel importante: no el de confesar a vuestros amigos, ni manifestar una curiosidad malsana, sino el de ofrecerles vuestra amistad luminosa, hecha de limpieza y confianza. Muy a menudo, para merecer esa confianza, un chico encontrará el valor de no quedarse empantanado. Para merecer vuestra amistad, encontrará la fuerza para no desanimarse y volver a levantarse. Presiente que vuestro trato le ayuda a desear esa limpieza que emana de vosotras. Del mismo modo que los chicos reorientan su conversación cuando una chica se acerca, así también encuentran a vuestro lado la exigencia del respeto inmenso con el que deben acercarse a vosotras. Eso les impone no ensuciarse, ni revolcarse en falsos placeres. Me conmuevo cuando un chico me habla de la chica a la que ama, o de tal o cual buena amiga, diciéndome que tiene la impresión de que la mancharía si se dejase arrastrar a la pornografía o la impureza.

¡Atención!: no se trata de exigir que los chicos sean perfectos. Todos somos pobres, sobre todo en este asunto. Y aunque no todos caen, o no tanto, todos se saben frágiles y deben permanecer vigilantes. Se trata de animar a esos chicos con vuestra simple presencia: tenéis la misión de ser la limpieza en su vida de hombres. De animarles

mostrándoles que sois sensibles a sus esfuerzos, y lo mucho que apreciáis verles francos y limpios a su vez. Lo que tocará vuestro corazón no será la «perfección» de vuestro novio, sino saber que levantándose una y otra vez, nunca se ha desanimado. El valor de los muchachos no se revela en no caer nunca, sino en perseverar en la lucha. Vosotras sois, sin saberlo muchas veces, la razón de esta perseverancia: ¡que seáis conscientes!

¡A LOS CHICOS!

Señores... ¿sabéis cuál es el «drama» de las jovencitas? Su problema número uno ¡es que son complicadas! ¡Infinitamente complicadas! ¡No os podéis imaginar lo complicado que es el corazón de una chica! ¿Por qué? Porque en el corazón de toda muchacha está el miedo —consciente o no— de no ser elegida, amada, considerada, reconocida por lo que ella es. Y por tanto, tiene también la necesidad, consciente o no, de asegurarse continuamente, llamando la atención, la mirada y el interés del chico. Simplemente para afirmarse y quedarse tranquila.

Veamos dos ejemplos concretos.

Me fui una vez en vacaciones con un grupo de estudiantes, chicos y chicas. Unos doce jóvenes muy simpáticos, que me habían propuesto pasar unos días de descanso en la casa de veraneo de uno de ellos. Era la ocasión de tener unas buenas conversaciones, descansando un poco. (Aprovecho para deciros que no dudéis en proponer lo mismo a algún sacerdote amigo).

Me divertía ver la diferencia de tamaño de las mochilas que llevaban: un chico se contentará para esa semana con la que utiliza para ir a clase... mientras sus amigas vendrán con dos maletas del tamaño de una mesa. Ellas tienen tres indumentarias distintas cada día...

Los chicos y yo estábamos charlando un día en el salón. Cuando llega una de las chicas, encantadora, que baja con su vestido de media tarde... destinado sin duda a poner en valor la belleza y los atributos que el Creador le ha concedido. Entra radiante en el salón. Los chicos, sin darse cuenta, dejan totalmente de escucharme y siguen con la mirada la trayectoria de su amiga. Ella se sienta en un sofá, entre dos chicos, allí donde a mí me parecía que no quedaba sitio... y termina posando delicadamente la mano sobre la rodilla de uno de ellos. Monísima y sonriente... tranquilizada: había producido su efecto. Con eso le bastaba. ¡Solo que ellos ya no aguantaban más!

Esta anécdota no es completamente anodina. ¡Cuántas jovencitas, simplemente para sentirse seguras, encienden en los chicos un fuego que luego ellas no pueden dominar! ¡Cuántas muchachas van más lejos de lo que quisieran, simplemente porque querían un poco de atención, de cariño y de escucha... pero luego el chico no se contentaba con eso!

Otro ejemplo concreto, un test divertido que podéis hacer en cuanto hayáis cerrado este libro. Os acabáis de enterar de que mañana por la tarde no habrá clase de matemáticas porque el profesor está enfermo. Os cruzáis con una de vuestras amigas en

el pasillo —no es más que una simple amiga—, y le proponéis tomar un café mañana, que saldréis más temprano de clase. Ella acepta y os lo agradece. Os despedís y vais al entrenamiento de rugby. ¿Qué va a hacer ella un segundo después de separaros, en cuanto volvéis la espalda? Toma su móvil y llama a su mejor amiga:

—Hola, ¿sabes qué? ¡Pierre me ha propuesto tomar un café!

—¡Vale! Pero ¿por qué?

—Bueno... no lo sé. ¿Te parece que podría ser un acercamiento o una cierta respuesta a lo que le insinué la tarde del viernes pasado?

—No lo sé, pero si quieres conozco a su primo, nos encontramos en Paray-le-Monial este verano, puedo preguntarle en *Facebook* si sabe algo, o quizá pueda darme una pista...

Y ya veis... mientras el intrépido muchacho juega al rugby, olvidado del café de mañana, la chica va a pasar 24 horas indagando el sentido de ese café, movilizándolo a todo el mundo para que le ayude a comprender qué hay detrás de esa invitación — ¡seguro que hay algo!— y la forma de prepararse a ese encuentro esencial.

¿Qué lecciones, más en serio, se pueden sacar de aquí?

Por una parte, señores, dedicad tiempo a tranquilizar a vuestras amigas. Decidles a menudo, regularmente, que las queréis tal como ellas son: sencillas y naturales. ¡Que no se inquieten! Tranquilizadlas mostrándoles que apreciáis a cada una, por lo que ella es, por sus cualidades personales, y que no tienen necesidad de asegurarse de esto cada dos por tres tan artificialmente.

Pero más allá de esto, no juguéis nunca con los sentimientos del otro. Y esto es válido tanto para los chicos como para las chicas. Habéis visto cuántas cosas puede esperar de un simple café la chica a la que invitáis. Imaginad entonces... un *sms* demasiado afectuoso, un beso demasiado pronto, un «te quiero» dicho antes de tiempo, un gesto de cariño demasiado a la ligera, una confidencia algo temprana... y mucho más grave... su cuerpo ofrecido demasiado rápido, demasiado pronto... Todo eso puede hacer que se espere algo que no estáis aún preparados para dar, que no podéis aún prometer. Así se puede herir al otro. ¡No renunciéis a tomar un café! Pero sed conscientes de que vuestros gestos y palabras os comprometen y os marcan.

Y luego, señores, prestad también atención a una cosa: la pornografía. Si hay un mal que arruina vuestra mirada a las chicas, es ese. Bien sé que a los 14-15 años, se bromea con eso, al menos ante los compañeros de clase que se creen importantes compartiendo su experiencia. Es de buen tono, para no parecer «gazmoño», haberlo visto todo y haberlo mirado todo. ¡Qué tristeza infinita producen esos jóvenes con mirada envejecida por el pecado, que descubren los gestos del amor a través de una caricatura sucia y bestial!

Como sacerdote que confiesa, me impresiona ver cuántas imágenes y filmes provocan desastres profundos en el corazón de muchos chicos, mucho después de esos 15 años. Son hábitos que se tienen, o más bien que os tienen agarrados, y pueden no soltaros tan fácilmente. Novios y esposos vienen a confesarse, llorando esos fallos que ensucian la mirada que tienen para la que deberían respetar.

Nadie es perfecto... Pero aun así, comprended que si tenéis una lucha pendiente en esta materia, es esencial que no os desaniméis. Lucháis por la que amaréis. Para poder mirarla limpiamente, sin egoísmo ni malos pensamientos. Una mirada que respete y que ame, y no otra que posee y reclama.

Es una lucha heroica para muchos. Hoy, la pornografía está al alcance de un *clic*. Internet ha sido una revolución en la materia, desgraciadamente. Cuando yo tenía 15 años, no había alta definición. Había en cambio algunos «compañeros» que se pasaban cassettes VHS al fondo de la clase para verlas por la noche cuando sus padres habían salido... Circulaban las revistas porno. Pero todo eso no tenía un acceso tan fácil. ¡Nunca habría tenido cara para ir a un puesto de periódicos a comprar una revista expuesta allí arriba, y pedirla en alta voz ante las tres señoras que hacían cola detrás de mí! Sin contar que una de ellas conocería sin duda a mis padres.

Hoy basta tener un ordenador o un *smartphone* y la red wifi del vecino para tener acceso a lo peor. Y si no, el ordenador familiar puede también servir, aunque tenga una contraseña de acceso (los padres utilizan con frecuencia su fecha de boda como contraseña para el control parental... ¡qué conmovedora ingenuidad la de algunos padres!). Esa facilidad de acceso refuerza los riesgos de adicción. El porno actúa exactamente como una droga. Durante unos minutos, el mundo exterior no existe ya. Queda uno encerrado en otro imaginario, se obtiene una satisfacción inmediata, pero que abre paso a un gran vacío, una tristeza y un gusto amargo. En cuanto se adquiere un poco de perspectiva, se advierte que no tiene sentido. ¡Está muy lejos de lo que uno quiere vivir! Y sin embargo... las recaídas son muy fáciles. Y la costumbre se adquiere pronto... Un poco como la droga: hay que pasar poco a poco a otra más dura para estar satisfecho. Una espiral infernal se pone en movimiento. ¡Cuántos corazones destrozados! ¡Cuántas miradas veladas!

Sí, a veces es heroico resistir. Y admiro profundamente a los que saben dejarse ayudar, animar, levantarse. Todos podemos ser débiles en un cierto momento. Sobre todo mientras se está creciendo. Hay que tener la sencillez de ir a confesar las caídas, y dejarse levantar. El perdón de Dios no solo quita el peso de la culpa, libera de la tristeza del pecado, sino que restaura, anima y fortalece poco a poco.

Hay que tener la humildad de reconocernos débiles y poner los medios que nos ayudarán a resistir. Se aprende pronto a conocerse y a conocer el «guión» de la caída. Es mejor entonces huir de las ocasiones peligrosas que exponerse a las tentaciones duras. Quedarse tarde, demasiado tarde por la noche frente a la pantalla, navegar sin rumbo por Internet, o incluso conectarse «para nada» solo porque uno se aburre... no es algo recomendable. Cada uno puede fijarse pequeñas reglas concretas, adaptadas a sus fuerzas, para no encontrarse en una situación complicada.

Un día sugerí a un estudiante colocar una pequeña imagen de la Virgen María cerca de su pantalla. Así no le sería fácil visitar un sitio porno con el rostro de Nuestra Señora ante los ojos. Tres semanas más tarde, vino a verme y me dijo: «Está bien, padre, ese truco suyo de la pequeña imagen de la Virgen. ¡Pero a mí me haría falta un póster!».

Pero, bueno... se necesitan recordatorios concretos. Cada uno puede encontrar lo que

le ayude. En todo caso, estad seguros de una cosa: cuando tengáis novia formal, comprenderéis que valía la pena no dejar la lucha. Os alegrará ofrecer a la que améis esas levantadas sucesivas y el fruto de vuestra perseverancia. ¡No os rindáis jamás!

Eso es lo que espero de los chicos y las chicas. Por eso bendigo al cielo cuando construís grupos de amigos sólidos. En su seno, no dais pie a la seducción, sino a una ayuda franca y limpia entre chicos y chicas para aprender a vivir esta pureza. Y sobre todo, ¡que sea alegre y positiva! No se trata de obsesionarse con el pecado, de verlo o — peor aún— sospecharlo en todas partes. Se trata de ayudarse para el bien, de ejercer en la amistad esa alegría del don de sí y anclarse en las verdaderas alegrías... Así, vacunados contra los falsos placeres, prepararse para amar. Entre los 15 y 20 años es el tiempo por excelencia de las grandes amistades, libres y claras, que os hacen crecer y os construyen.

UN PUNTO SOBRE LA HOMOSEXUALIDAD

Habría que escribir un libro entero para explicar con precisión y claridad el mensaje de la Iglesia sobre este asunto. ¿Por qué tratarlo aquí? Porque las amistades de calidad de las que hemos hablado juegan su papel en esta cuestión. Y, como en tantas cosas, Dios no está ausente del problema. Me explico.

La tendencia homosexual de algunos, sea o no exclusiva, nunca es algo elegido. Es del orden de la herida íntima, que se lleva sin saber bien por qué, a veces desde hace mucho tiempo. Las relaciones en el seno de una familia, el lugar del padre y de la madre, el modo en que se recibió la educación... todo eso nos marca de una manera única y compleja. Muchos tienen también la herida de una agresión sexual o de experiencias desgraciadas que han marcado su descubrimiento de la sexualidad.

No es este el sitio para estudiar todo eso con detalle. Lo cierto es que no se es responsable de esa tendencia. Se es responsable del modo en que uno la vive, porque se sigue siendo libre o se aprende a serlo. También por esta razón, la Iglesia no condenará nunca a las personas homosexuales, nunca las reducirá a una orientación sexual, o a lo que ellas puedan a veces hacer y vivir.

Cuando me encuentro con jóvenes que se descubren homosexuales, lo primero que les digo es esto: «eres ante todo una persona, infinitamente más rica y más compleja que una etiqueta que quiera ponerte la sociedad. No te encierres ni te dejes encerrar así. No olvides nunca que Dios te quiere tal como eres, por lo que tú eres». En algunos hay una gran dificultad para comprenderse y aceptar su fragilidad. Saberse amado por encima de todo es esencial.

La Iglesia, porque quiere tu bien, no puede mentirte. Retomando la distinción que hacía yo al comienzo de este libro, la Iglesia reconoce que puede haber una real sinceridad en una relación amorosa homosexual. Pero ahí no habrá nunca esta plenitud de verdad de la que el hombre tiene necesidad, pues faltará siempre una característica esencial: la alteridad radical hombre/mujer, esta complementariedad de las identidades sexuales para la que están hechos nuestros cuerpos y nuestros corazones. Solo esta

alteridad es capaz de hacer nacer la vida.

Por eso la Iglesia piensa que comprometerse en relaciones de parejas del mismo sexo, incluso sinceramente, no será nunca una vía que ella te proponga. Porque eso no llena. La Iglesia prefiere la franqueza, aunque sea dolorosa, al proponerte otro camino: el de la castidad en la abstinencia. No se trata de engañarte a ti mismo, de disimular, de hacer como si... sino de acoger poco a poco la realidad de esta cruz, y elegir llevarla valientemente, dejándote ayudar.

Admiro de verdad a esos jóvenes que conozco y que viven esta realidad dolorosa y luminosa a un tiempo. Nadie duda que llevan una cruz. Han debido renunciar a una vida conyugal como la de los demás. Han buscado otras formas de entregarse, otras fecundidades, en particular en el servicio a los demás y a los más pequeños. Es una batalla que no se gana nunca. Este camino de la castidad tiene sus dificultades y las tormentas interiores no son raras. El ambiente no ayuda, se tiene la impresión de estar al borde de un precipicio, con frecuencia se sufre la soledad cargado con este fardo.

Si estás en ese caso, tú que lees este libro, te lo ruego: ¡déjate animar! Ve a ver a un sacerdote. Con su corazón de padre, sabrá acompañarte, levantarte cuando sea necesario, ayudarte a encontrar sentido en las renunciaciones que debes soportar. Te ayudará a encontrar tu camino para darte de otra manera. Sí, esto se parece a veces a un Vía Crucis. Pero es también un camino de vida. Desde la Pascua, Jesús nos asegura que nuestras cruces nunca serán la última palabra en nuestra vida.

Otros jóvenes, por otras razones independientes de su voluntad, tampoco podrán casarse, ni crear su propia familia, ni gozar con las alegrías de la vida conyugal. Son muchos los que se quedan solteros por tan diversas razones. Sin embargo, también están llamados ellos al amor verdadero. No desestimemos la renuncia que han de vivir. Es ahí donde encontramos la importancia de los amigos y el lugar de Dios en nuestras vidas.

Las amistades gratuitas, generosas y limpias son preciosas para sostener a quienes tienen que afrontar este género de pruebas. ¡Que el grupo de amigos no sea avasallador! Aprended a ayudaros a llevar con garbo vuestras cargas. No seáis egoístas, en particular, los que habéis encontrado ya vuestro propio camino. Es importante que las jóvenes parejas, o las familias, sigan atendiendo delicadamente a los que están solos, sin permitir que se aislen por eso o queden reducidos en ese estado.

Me gustaría que se evitasen esos comentarios a la ligera, sobre alguna de estas dificultades, en particular sobre la homosexualidad, sin imaginar que uno de nuestros parientes puede estar implicado también en eso. El sacerdote, que recibe tantas confidencias, sabe lo que cada uno vive detrás de la fachada. ¡Tengamos delicadeza con los demás! Hay palabras, expresiones, bromas que hacen daño. Como nos invita sin cesar el papa Francisco, recordemos sobre todo que el amor incondicional de Dios para cada uno es lo primero, antes de cualquier juicio o consideración sobre la vida de unos u otros.

Me parece, en fin —para ti que vives esas pruebas—, que Dios es el Amigo por excelencia que puede dar sentido a lo que te parece una cruz dolorosa. Es el único que puede comprenderte plenamente. Él te conoce, él sabe. Sabe que habrías preferido

también poder amar plenamente, fundar una familia, abrirte a la vida. Conoce lo que ha podido herirte. Sabe por qué estás aquí. Él sabe...

Pero a sus ojos, tú sigues siendo único, ¡tan valioso como cualquiera! Su mirada se sigue dirigiendo a ti, maravillado, más allá de todo lo que haya podido destrozarte. Más que nunca, más aún que a los demás, confíale tu vida. Él la quiere hermosa, quiere darle una fecundidad distinta, una irradiación que te superará. Tu fidelidad en seguirle, en unirte a él en los sacramentos y la oración, tu confianza... ¡todo eso dará fruto! Tus talentos, tu personalidad, lo que eres, Dios te ayudará a ponerlo al servicio de una causa más grande, al servicio de tus hermanos y de este mundo. Encontrarás el modo. Llegarás a eso poco a poco. Quizá no de un golpe, no siempre, no todo el tiempo. Pero no te desanimes jamás. Déjate amar y animar.

¿Dónde está Dios en todo esto?

Llegados al final del libro, podréis decirme: «Es sorprendente, usted no habla apenas de Dios en lo que ha dicho...». Es cierto que todo lo que digo podría aceptarlo un no creyente. ¿Acaso la sabiduría de la Iglesia no puede tocar los corazones de quienes buscan la verdad en sus vidas? Pero Dios no está ausente. Está en el trasfondo de lo que digo, porque es la fuente de nuestro asunto. Pero ¿qué podríamos decir de forma más explícita sobre su papel aquí?

Dios me enseña dos verdades esenciales, dos verdaderas buenas nuevas para que las descubra. Es además una ocasión, para muchos jóvenes que se habían alejado un poco de él, de reencontrar el camino de la oración y de la Iglesia. Si hay un asunto en el que uno ve sus limitaciones, y que tiene necesidad de Dios, es precisamente el del amor. Se quiere amar de veras, y se choca tantas veces con la propia fragilidad, las debilidades, los errores o el egoísmo. Por eso necesitamos oír dos grandes noticias.

CON DIOS, NADA ESTÁ PERDIDO

Lo he dicho varias veces, pero lo repito, pues es esencial. No quiero que ninguno de vosotros pueda pensar: «Es bonito, es grande, pero para mí es ya demasiado tarde, ya me he dado, estoy destrozado, se acabó...».

Desde que soy sacerdote, hace ya diez años en el momento en que escribo, esa es sin duda la realidad que me impresiona más, y la alegría más grande en mi ministerio sacerdotal: he visto lo que la misericordia de Dios es capaz de hacer en los corazones de quienes se dejan amar. No tengáis miedo de acudir a la confesión. ¡No tengáis miedo a las verdaderas confesiones! Esos son los sitios del perdón, de la reconciliación, ¡pero también de la curación! ¡Cuántos de vosotros tenéis necesidad, en el camino del aprendizaje del amor o en medio de la lucha por la pureza, de esta curación interior! ¡Cuántos necesitan recuperar la alegría de un corazón puro, de un corazón libre, para volver a aprender a amar! ¡Cuántos, para aprender a perdonarse a sí mismos tal o cual error del pasado, necesitan antes dejarse perdonar por Dios!

En el sacramento de la confesión, podréis derribar por fin la fachada y ser veraces. Podréis dejar allí vuestras faltas, vuestras debilidades, vuestra dejadez, vuestros desánimos, vuestras dudas y vuestras derrotas. Podréis, en fin, poner término a lo que os ha ensuciado o destrozado. Podréis confiar vuestras heridas y vuestras penas. Justamente porque ahí no se os juzga ni se os condena. Porque Dios no nos reduce a nuestros

pecados. Porque, tal como él, el sacerdote os recibe con corazón de padre, que ama y levanta. ¡Nunca te mirará de modo distinto a como te miraba, al contrario! Escucho con profunda admiración las confesiones de esos jóvenes que tienen quizá pesadas cargas que dejar. Lamento con ellos su pecado y lo que ha podido destrozar, los sufrimientos y las penas que ha provocado. Pero admiro su franqueza: al menos, son veraces. Y me alegro con ellos de este perdón que les devolverá su grandeza de hijos de Dios. ¡Qué alegría poder decirles que Dios les ha querido siempre, pues «no ha venido para los justos, sino para los enfermos y los pecadores»!

Claro que podréis cambiar más fácilmente a los 15 años que a los 18, y a los 18 es más fácil que a los 25. No dejéis para más tarde cambiar de vida. Cualquiera que sea vuestra edad, nada está nunca perdido. ¡Nadie es irrecuperable a los ojos de Dios! Y en el fondo, tanto valor hay en quien se guarda y llega limpio al matrimonio, como en quién quizá cayó gravemente, pero puso su empeño en levantarse, curarse, y volver a aprender a amar.

La verdadera lucha es el combate contra el desánimo y la desesperanza. No lo olvidemos nunca. ¡El Señor no se cansa de nosotros! Es incluso capaz de sacar de nuestras pruebas una misteriosa pero real fecundidad. Nuestras levantadas darán fruto. Nuestras luchas no serán estériles. Por eso no debemos perder nunca la confianza en nosotros y en Dios: él confía en nosotros y sigue viendo en nosotros lo que hay de grande y hermoso, nuestro deseo de verdad y de bien.

¡DIOS NOS HACE SER CAPACES!

La segunda buena noticia es que Dios nos hace ser capaces de esta felicidad. ¡Qué cruel sería que hubiese puesto en nosotros esta capacidad de amar, esta sed de amar y ser amados, y nos dejase desenvolvemos solos!

Que nadie diga: «Es bonito, pero demasiado duro para mí...». Dios quiere ayudarte a prepararte para que un día puedas vivir esta alegría del gran amor. Dios no hará nada sin ti. No se impondrá. Pero si le permites que te ayude, lo hará.

Aquí se manifiesta, en particular, la fuerza de la oración y de la eucaristía.

En la oración, nos hacemos disponibles para el Señor que puede actuar en nosotros. Aunque no se sienta nada, aunque no se vea nada, podemos creer que cada minuto dedicado al Señor tendrá su fecundidad. El Señor actúa en el silencio de los corazones. Nos prepara y nos trabaja para realizar en nosotros su obra maestra. Descubriremos poco a poco lo que al principio nos parecía imposible.

¡Dedicad tiempo a la oración! Aunque sean pocos minutos diarios. Pero todos los días. Lo que hace hermosa nuestra oración es su fidelidad. No importa en el fondo el contenido... A veces no podréis concentraros, tendréis la impresión de hablar al vacío, de no tener nada que decirle. ¡Qué importa! A Dios le basta nuestra presencia, el tiempo que le damos. Él actúa. En lo secreto. Veréis los frutos a largo plazo. Prefiero un chico que rece tres minutos pero todos los días, que no otro que hace media hora de oración

cuando le apetece. Como en todo amor, la fidelidad es lo primero. Fidelidad gratuita, más allá del deseo o de la ausencia de deseo.

Lo mismo se puede decir de la misa. No se va a misa porque se tienen «ganas». Porque puede haber días en que no se tengan. Nuestra fidelidad no debe depender de nuestros humores o de nuestros deseos. Si no, se tendrá una vida espiritual en dientes de sierra. Y ninguna estabilidad...

Se participa en la misa porque ahí nos espera. Porque Jesús quiere darse a nosotros. Porque el Amor se entrega en la misa. Y no hay mayor sufrimiento que un amor que se entrega y no es recibido. Si no estamos allí, nos echa en falta realmente. En esto también hay que pasar a una fe adulta que se vive en la fidelidad y en la gratuidad.

Por otra parte, no hay mejor escuela del amor que la misa. ¿Quieres aprender a amar? ¡Asiste a misa! Allí verás lo que significa amar. Oirás a Jesús que te vuelve a decir: «Esto es mi cuerpo que se entrega por ti»... ¿Conoces palabras de amor más fuertes que las de la consagración? ¡«Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros». «Esta es mi sangre derramada por vosotros»! No existen palabras de amor como estas. Eso es lo que se realiza en el centro de la misa. Jesús nos muestra hasta dónde llega el amor verdadero: hasta la entrega total de uno mismo, de su vida, de su corazón. Cuando asistimos a este intercambio, misterioso pero real, quedamos marcados. Vivimos este amor hasta el final, porque en la comunión, Jesús se entrega a nosotros. Somos uno con él. Y Jesús viene para amarnos. Viene a enseñarnos a amar, a hacernos capaces de amar como él ama.

¡Id a misa! No importa la calidad del sermón, de los cantos, de la cara de los vecinos, cómo de largos sean los avisos o la arquitectura de la iglesia. Tanto mejor si todo eso es perfecto y nos lleva a rezar. Pero eso no es más que la envoltura de un misterio en el que tenemos que entrar: Jesús nos espera. Somos tan valiosos a sus ojos que desea nuestra presencia, que «tiene sed» —como ha gritado en la cruz en su último aliento— de amarnos y de hacernos capaces de amar.

Oración, misa, confesión: ¡vamos a dejarnos de «ganas» o «no ganas», de si tenemos tiempo o no, si sentimos o dejamos de sentir! Miremos a Jesús que nos espera, más que mirarnos a nosotros mismos. Decidamos estar ahí, en la fidelidad y la gratuidad. Para que Jesús pueda actuar verdaderamente y su amor me haga capaz de amar a mi vez.

La única manera de mostrar a alguien que él es importante para nosotros es dedicarle tiempo. Cuando se ama a una chica, o a un chico, se sabe encontrar el tiempo para tratarle. Los bellos discursos no bastan, es la fidelidad en acto la señal del amor verdadero. Estar ahí cuando el otro me espera o me necesita. La fidelidad para responder a las citas con el Señor será el fundamento y el soporte de vuestra fidelidad a los demás compromisos, más allá de vuestras debilidades.

Cuando no se reza, cuando no se comulga, cuando uno no se confiesa, se está reducido a las propias fuerzas. Y muy pronto, se tiene la experiencia de que son limitadas. Por eso, en este aprendizaje del amor, hay un espacio para volver a descubrir la vida espiritual. Una vida interior sólida será la mejor columna vertebral para sacar adelante lo que tenéis que construir y vivir. ¡Ahí estará vuestra alegría!

Con Dios, todo es posible. Y también por eso los sacerdotes os acompañamos.

Estamos llamados a ser, a vuestro lado, el rostro de esta atención particular del Señor Jesús. Sois nuestra razón de ser. Llamados a amar a Dios con todo nuestro ser, completamente entregados, «corazón-cuerpo-alma» a su servicio, estamos totalmente disponibles para vosotros. Nunca decidiremos nada por vosotros. Pero el sacerdote está ahí para ayudaros a discernir, para daros criterios que os permitirán tomar decisiones libres. Está ahí para que podáis seguir siendo veraces en lo que vivís, pues sabéis que cerca de él no seréis juzgados sino animados, levantados, escuchados.

Aprovechaos de los sacerdotes que el Señor pone en vuestro camino. Id al encuentro de aquel en quien tenéis confianza. Aprended a conocer a vuestro cura... Superad las aprensiones y atreveos a entrar en verdaderas conversaciones con él, sobre lo que os pasa. Cuántas veces he podido ver que una hora de charla en serio, franca y sencilla, bastaba para deshacer tal o cual malentendido, para dar nuevos ánimos, para aliviar una carga, compartir grandes alegrías, dar consejos que iluminan, tranquilizan y fortifican.

Convendría que cada joven tuviese las coordenadas de un sacerdote en quien tenga confianza, a quien pueda escribir, con quien pueda abrirse sin temor a molestar, ni de ser juzgado. No seréis «dirigidos» sino «acompañados» en este estupendo camino que es vuestra construcción personal. Si se está solo, uno puede engañarse, autojustificarse casi de todo, o desanimarse. Avanzan los que saben dejarse ayudar, quienes consienten en abrirse, quienes reconocen que a veces necesitan que les animen. No son menos libres por eso. Al contrario, tienen ahí el mejor medio de educar su libertad, fortalecerla y defenderla.

Conclusión

Ya es tiempo de concluir... Me había propuesto, conociendo lo que les cuesta a algunos dedicar un tiempo a la lectura, no ser demasiado largo. Sin repetir lo que he podido decir hasta ahora, os animaría a dos cosas.

Dedicad algún tiempo, una vez cerrado el libro, para ir a ver a un sacerdote y dar un repaso a vuestra vida. De todo esto, ¿con qué os quedáis? ¿Qué tenéis ganas de cambiar o de mejorar en vuestro modo de vivir? No estáis obligados a estar de acuerdo con todo lo que yo haya dicho. Tenéis que hacer un trabajo de apropiación, discerniendo lo que vais a hacer vuestro. Ese trabajo de relectura os dará ocasión para madurar vuestras propias convicciones, adoptar unas ideas que continuaréis profundizando en función de vuestras lecturas, encuentros, conversaciones y en vuestra oración. Este libro habrá alcanzado su objetivo, no si se lee hasta el final, sino si os despierta el deseo de proseguir la reflexión por vuestra cuenta, si siembra en vosotros ese afán de buscar lo verdadero, lo justo, el bien en lo que hacéis, más allá del deseo inmediato. Un deseo que no es forzosamente malo, y sin duda con frecuencia bueno, pero que necesita ser sometido a discernimiento... si queréis ser libres.

Mi segundo consejo es hablar con vuestros amigos. Más que exhibir la historia de vuestras conquistas o de vuestros flechazos (¡o las imágenes de esas hazañas!) en el mural de *Facebook*, cultivad entre vosotros el deseo de limpieza. Animaos mutuamente en vuestros grupos de amigos. Conozco a muchos que me confiesan su voluntad de construir sobre lo verdadero, pero que atrapados por el efecto del grupo, para integrarse en la clase o bajo la presión de la mirada de los demás, lo envían todo a paseo. El efecto de grupo podría ser también positivo, y animarnos al bien. No se trata de cultivar juntos el «miedo» al pecado o el «temor de amar». Tampoco se trata de imaginar el mismo camino para todos, el mismo ritmo y las mismas etapas. Se trata solamente de compartir una exigencia común al servicio de una misma alegría. De velar y ayudarse, de animarse y motivarse, no porque se sea mejor que el otro, sino precisamente porque sabemos que todos somos débiles, pero llamados a crecer juntos en este sendero del amor verdadero.

Siempre me impresiona oír en las confidencias que recibo lo determinante que fue para alguno el impacto positivo de tal o cual amigo. Cuando dos o tres jóvenes asumen simplemente, sin complejos y alegremente, que van a ser verdaderos en sus relaciones, y se van a guardar para el don total de ellos mismos, y no van a jugar con trucos fáciles, eso influye en todo el grupo. Si ese ejemplo no se impone de manera moralizante o triste, sino que se propone con sencillez por jóvenes felices de vivir, francos, abiertos y entusiastas... esta alegría no dejará indiferente a nadie. Romperá las ideas recibidas y

abrirá nuevas perspectivas a los que no la conocen. Lo creo profundamente: ¡los mejores apóstoles de los jóvenes son ellos mismos!

«UN GRAN AMOR ME ESPERA»

¿Cómo no terminar dirigiéndonos a Cristo Jesús? En el matrimonio, en la vida consagrada o en el celibato apostólico, en el servicio a los demás o en el aprendizaje del amor, todos caminamos hacia él, siguiendo nuestro peregrinaje terreno. Amando, de un modo u otro, avanzamos hacia ese encuentro, ese cara a cara que nos espera con quien es el modelo de todo Amor: que nos ha amado para que nosotros pudiéramos amar... ¡Este es el último impulso, la última razón! Vuestra vida no será una vida lograda porque se termine a los 80 años con una cuenta bancaria bien repleta y muchos diplomas colgados en la pared... Vuestra vida, ya dure 15, 20, 40, 60 u 80 años —¡qué importa, es una decisión que no vamos a tomar nosotros!—, vuestra vida será hermosa y lograda ¡si la habéis dado! Vuestra vida será un éxito si desemboca en el cielo, después de haber oído esta última pregunta de Jesús, quizá la única que nos hará en ese momento: «¿Has amado... me has amado de verdad?»...

Amar, eso es «darlo todo y darse uno mismo», como dice santa Teresa de Lisieux. Creo profundamente que no hay otro camino de realización y felicidad posible para nosotros, no hay otro camino hacia las alturas. Esto es lo que os deseo: tales como sois, preparaos a la alegría del don total dándoos plenamente desde ahora en lo que estáis viviendo, de todo corazón y de verdad. Pobres y débiles como somos, hemos sido llamados a vivir para amar, estamos hechos para la alegría de las cumbres... ¡No permitáis que nadie os haga dudar! Guiados por María, Madre del Amor Hermoso, Estrella y claridad de nuestras vidas, ¡atreveos a creerlo y lanzaos! ¡Ahí estará vuestra alegría, ahí estará vuestra felicidad, eso será la alegría de Dios!

Saint-Cyr-l'École,
domingo 24 de noviembre de 2013,
Solemnidad de Cristo Rey



Título original: *Aimer en vérité*

© 2014 by Éditions Artège, Francia.

© 2015 de la versión española, realizada por MIGUEL MARTÍN, by EDICIONES RIALP, S. A.,

Alcalá 290. 28027 Madrid.

(www.rialp.com)

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

ISBN (ebook): 978-84-321-4519-3

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portadilla	2
Índice	4
Dedicatoria	5
Prefacio	6
Introducción	7
Aprender a amar	13
Tres máximas útiles	24
Amistades de calidad	39
¿Dónde está Dios en todo esto?	47
Conclusión	51
Créditos	53